AÑO III — BUENOS AIRES, 18 DE FEBRERO DE 1924 — Nº 109

LA PROTESTA

PRECIO 10 cts. SUPLEMENTO SEMANAL PORTE PAGO

U. Telefónica 0.478 — B. Orden — Redacción y Administ.: PERU 1537 — Valores y giros a A. Barrera

Antagonismos doctrinarios

Por más que se empeñen los socialistas en ocultar los fines políticos que persiguen en las organizaciones obreras, no lograrán convencernos de su pretendido neutralismo. Los sindicatos ofrecieron siempre a los políticos marxistas un amplio campo para llevar a cabo sus incursiones electorales. Fué el movimiento obrero la base de los partidos social-demócratas, que impusieron directa o indirectamente su predominio a los pequeños grupos doctrinarios que rechazaban su concepción reformista, y a eso se debe la prevalencia del socialismo en la dirección de las corporaciones proletarias que han extraviado el camino de la lucha de clases.

Tanto en los países donde el socialismo proclama la neutralidad de las organizaciones obreras y sus dirigentes simulan la defensa de la autonomía del sindicato, como en los que el partido social-demócrata controla directamente los actos de los jefes obreros y la orientación del movimiento proletario que responde a su influencia, se puede comprobar la existencia del mismo factor de corrupción reformista y la misma desviación revolucionaria. De nada sirve que el partido mantenga una organización proletaria independiente, si esa independencia no va más allá de las fórmulas estatutarias y de las conveniencias políticas. La dependencia del movimiento obrero a un partido político es completa cuando sus orientadores subordinan el problema social a sus conveniencias partidistas. ¿Y quién es el que renuncia a sus puntos de vista o sacrifica sus convicciones en beneficio de un supuesto interés común?

La organización del trabajo no está sujeta ineludiblemente al factor económico. La conciencia de clase no existe como resultancia de un proceso material independiente del progreso político, cultural y ético de los pueblos. Se comprende, pues, que los grupos doctrinarios sean los que den carácter a la llamada lucha de clases, los que valoricen las acciones instintivas del proletariado y los que vayan creando en la conciencia colectiva la noción del bien, de la justicia y de la libertad.

El socialismo es, en las organizaciones obreras, lo que realmente vale y representa como movimiento político. Los sindicatos orientados por los social-reformistas no pueden realizar acciones que choquen con la concepción reformista del partido que los apadrina. Y por idénticas razones la ideología anarquista alimenta y sostiene un movimiento proletario de oposición al socialismo, planteando de hecho la beligerancia de ideas y los antagonismos doctrinarios en este terreno que muchos quieren mantener neutral en la lucha de las tendencias políticas e ideológicas.

Quienes hablan de neutralidad y proclaman la unión del proletariado como único programa de lucha contra el capitalismo, o bien desconocen la historia y el desarrollo de las organizaciones obreras o tratan de engañar a los trabajadores con mentidas promesas revolucionarias. La interpretación política de los problemas económicos es la que prevalece en los sindicatos dirigidos por los social-reformistas. Y el concepto de la unidad de clase queda subordinado al interés partidista de los jefes políticos que ofician a la vez de líderes del movimiento proletario.

"La Vanguardia", que propicia la neutralidad ideológica y política de los sindicatos y defiende la unidad de clase como medio y como fin de todas las luchas económicas, publicó recientemente, en lugar destacado, unos comentarios de Pablo Iglesias referentes a la necesidad de la beligerancia ideológica en el movimiento obrero. El líder de la social-democracia española defiende la política socialista como vehículo de propaganda en los sindicatos y considera que el socialismo debe reivindicar para sí el derecho a la orientación y dirección de las organizaciones proletarias. Veamos cómo opina el jefe del socialismo español:

"Aunque la unión profesional ha sido impuesta a los proletarios por el desenfreno de la codicia de los explotadores, esa unión ha sido más o menos firme, según el conocimiento que de las causas de su explotación han tenido aquéllos.

"Si era solamente la necesidad ciega la que les hacía asociarse, su unión u organización difícilmente se mantenía, desapareciendo una y aún muchas veces antes de adquirir solidez. Si a la necesidad acompañaba en algunos de los que iban a unirse una idea clara de los motivos por que dependen los trabajadores de los patrones, entonces la organización se afirmaba desde luego o, cuando peor se daba, después de una leve caída.

"La razón del hecho es sencilla, y antes de que la expliquemos habrán dado con ella nuestros lectores.

"No pueden proceder del mismo modo un grupo obrero ignorante de las causas que han engendrado su esclavitud económica y un grupo obrero en el que hay individuos que conocen dichas causas. El uno tiene que cometer forzosamente muchos errores, causando con ellos su desaparición; el otro puede equivocarse, pero bastante menos que aquél, logrando salvar su vida".

Después de mencionar la existencia de algunas organizaciones obreras de corte reformista, que representan para el partido socialista un buen recurso electoral, Pablo Iglesias dice lo siguiente:

"Además, como la organización no ha invadido a todos los oficios a la vez, y en los países atrasados industrialmente se desarrolla con más lentitud, ha sido preciso el encarecerla y propagarla. Y tal tarea pueden realizarla mal los que no se han percatado debidamente de los antagonismos sociales, mientras pueden hacerla con provecho los obreros que conocen sus efectos.

"Entre esos obreros figuran principalmente los socialistas que, por serlo, se consideran obligados más que nadie a trabajar por el incremento de la organización proletaria y porque esta organización adquiera más vigor cada día y un grado de conciencia más elevado.

"Así los socialistas han hecho y seguirán haciendo propaganda societaria, están al frente de casi todas las entidades que integran la Unión General de Trabajadores y han procurado y continuarán procurando inculcar sus ideas en todos los individuos que a ellas pertenecen.

"¿Es esto un mal para la organización profesional obrera? No. Quienes afirmen lo contrario se equivocan.

"La propaganda de los socialistas es más honda y más convincente que la que puedan hacer individuos que no vislumbran la lucha de clases ni el papel parasitario, más marcado cada vez, que desempeñan los que hoy poseen los medios de producción y de cambio.

"La dirección de las sociedades obreras por los socialistas — dirección otorgada a éstos mediante procedimientos democráticos — constituye una garantía para las mismas de que se haga lo por ellas deseado y de que no se meta en disparatadas aventuras.

"Infundir el espíritu socialista en los obreros asociados, no es sólo obra que fortalece su organización, sino que prepara debidamente a aquéllos para realizar la tarea que más interesa a su clase: redimirse de la opresión que le hace sufrir el capitalismo.

"Forjar conciencias socialistas es forjar conciencias societarias superiores. No mueren, no desaparecen, antes por el contrario, son las más firmes y vigorosas las sociedades en que hay afiliado un buen número de socialistas.

"Sólo tienen razón fundada para vociferar mal los burgueses. Los proletarios

PREVISION SOCIAL

—Con esta en el cuello ya no tendrás inquietudes; no más huelgas ni protestas, y si llegas a viejo, que todo puede suceder, tendrás una renta.

—De paso ayudo a mantener a otra tanda de pelandrunes de comité. ¿Verdad?

El Ideal anarquista, animador del movimiento proletario

Muchas veces, en los artículos precedentes, he lamentado que el movimiento obrero de resistencia y de conquista contra el capitalismo carezca demasiado a menudo de una guía moral e ideal superior al puro y simple desarrollo del espíritu de solidaridad, que el hecho en sí de la organización presupone.

Hasta los que se jactan de no dar importancia más que a los factores económicos y a los movimientos que se enlazan a la función sindical, con frecuencia invocan fines morales e ideales y sienten la necesidad de idealizar el método de lucha de que toman el nombre de sindicalistas, haciendo de él un objetivo a alcanzar, muy confuso e impreciso, pero ciertamente por eso más propio para responder a las diversas aspiraciones de su ánimo.

Hemos visto ya cuán erróneo es este modo de concebir el sindicalismo fin de sí mismo; pero es preciso reconocer que, dado el deseo de ciertos sindicalistas de distinguirse de los anarquistas y de los socialistas también en las finalidades últimas, — hay en ellos, a pesar de todo, una tendencia espiritual nada egoísta, aunque destinada a agotarse y a desembocar en el corporativismo y en el egoísmo de categoría.

Hacia el 1910 el escritor Jorge Sorel nos hablaba de la huelga general como de un "mito" como de una cosa que nunca será completamente alcanzable pero hacia la que tiende el alma proletaria. Esta concepción del *mito* es falsamente idealista, porque está viciada de un doble error: sea porque la huelga general en sí no tiene ningún contenido idealista, siendo un hecho más negativo que positivo; sea porque también el mito pierde toda influencia y todo significado si se le supone *a priori* fuera de la realidad, es decir, si no se tiene fe en él como en una cosa realmente posible.

Por consiguiente el "mito" soreliano no tiene valor más que como afirmación puramente objetiva de la necesidad espiritual innata en el hombre.

El sindicalismo considerado, no como un método de lucha (que puede ser empleado también con propósitos diversos y opuestos), sino como un fin, o se agota en el ámbito del capitalismo y de los intereses materiales inmediatos, o repite, sin agregarles siquiera una idea nueva, las finalidades del socialismo o del anarquismo — del anarquismo especialmente, cuando se trate del *sindicalismo* mejor definido con el apelativo *revolucionario*.

Cuando los sindicalistas dan al movimiento sindical un objetivo futurista, nos hablan de expropiación del capital, de poner los medios de producción a disposición de los productores directos, de revolución antiestatal y de reorganización social por medio de las asociaciones obreras que administrarán la propiedad común o colectiva, etc., nadie podrá negar que éstos sean propósitos principalmente anarquistas, que los anarquistas han afirmado desde mucho antes que surgiese una ideología sindicalista propiamente dicha. Y cuando no son estos los propósitos, entonces los sindicalistas entran en la órbita de las concesiones estatales o autoritarias, y sus visiones de una sociedad futura coinciden exactamente con las de los socialdemócratas o de los comunistas autoritarios.

Indudablemente el movimiento obrero tiene siempre, por sí mismo, por su naturaleza, una tendencia más o menos socialista, — entendiendo aquí la palabra en un sentido muy genérico; — pero esta tendencia permanece en el estado embrionario o superficial, si una minoría consciente no agita en su seno un ideal de porvenir, una esperanza en algo distinta y superior a los puros y simples intereses de categoría o de clase.

Tal ideal, en armonía con la tendencia automática del movimiento obrero, no puede ser sino *socialista*, ya sea en el sentido autoritario, o bien en el sentido libertario que hoy los anarquistas dan a esa palabra, cuando quieren salir de lo genérico y de lo indeterminado.

Si pasamos a considerar los dos programas, el del socialismo y el del anarquismo, — que responden a las dos concepciones formuladas en el seno de la primera Internacional (1) — a la luz de las tendencias y de las necesidades del movimiento obrero, debemos decir que el más correspondiente a este movimiento, el que más permanece en la vía trazada por él, es el programa anarquista.

Lejos de mí el concepto de que la organización obrera deba proponerse, como acto de fe apriorista a imponer a cada uno de sus adherentes, el fin concreto y preciso que se propone el que llamaremos, para entendernos, partido anarquista. Los anarquistas, como tales, teniendo un programa establecido, tienen un propósito de destrucción *a priori* y, en líneas generales, de reconstrucción social. El movimiento obrero, en cambio, interpretado en el mejor sentido que tuvo en sus orígenes y que prosigue donde no ha sido muy inclinado al utilitarismo corporativista y reformista, puede muy bien orientarse hacia fines libertarios y socialistas, y hasta llegar a conclusiones de hecho realmente anarquistas, pero posteriormente, valiéndose como resultado de su experiencia y actividad. No decir que este propósito no podría ser establecido como un imperativo categórico al principio de su acción, sino que debería resultar más bien la determinadora interna a que es llevado por su mismo desarrollo. Lo que para nosotros los anarquistas es *a priori*, para el movimiento obrero es *a posteriori*.

El hecho en sí de la organización del proletariado en el terreno económico es ya una consecuencia de ello. La conocida frase "la emancipación de los trabajadores será por obra de los trabajadores mismos" expresa ya, al menos en gran parte, el concepto de que los trabajadores deben obrar y actuar por sí mismos sus propios intereses, hasta hoy, que se trata de destruir las razones de la explotación, como mañana, cuando se trate de reorganizar la producción y el consumo sin patrones y sin monopolios. En este sentido, es bastante apropiada la locución empleada a menudo por los sindicalistas, de que la organización obrera tiende a vaciar al Estado de sus funciones, — porque por "funciones" se entiende, naturalmente, las administrativas, servicios públicos, etc., y no las funciones políticas y gubernativas, que son eliminadas completamente y no confiadas a los sindicatos o a algún otro cuerpo social.

Organizarse independientemente del Estado es ya un acto contra el Estado; bien entendían esto los primeros politicantes burgueses, que en plena revolución francesa pedían que se prohibiesen y castigasen las coaliciones obreras, porque les desconfiaban como a asociaciones que venían a constituir un Estado dentro del Estado.

La asociación obrera sindical *ignora* el Estado, en cuanto se mueve por sí misma fuera de la órbita estatal; y si busca fuera de sí un fin, éste no colima nunca perfectamente con el de partido alguno y está siempre en antagonismo con los intereses del Estado, que es el representante político de la clase capitalista, contra la cual la clase obrera combate por medio de sus organizaciones. Es, pues, interés del proletariado, como clase, combatir todos los organismos de violencia y de fraude de la sociedad capitalista, y en este sentido la clase trabajadora tiene los mismos enemigos que los anarquistas y llega como conclusión práctica a la misma negación de que parten los anarquistas.

En la vida política, para que la organización obrera pueda conservar una relativa neutralidad en medio de los partidos avanzados que dividen la masa trabajadora, es necesario que la organización misma como tal se desinterese de los fines políticos específicos inmediatos de los diversos partidos y particularmente de sus rivalidades en la caza a los poderes públicos. Y bien, el único partido que no resulta dañado por esta neutralidad es el partido anarquista, — entendida aquí la palabra partido en el sentido genérico del conjunto de individuos concordes en determinadas ideas y métodos — que más bien resulta indirectamente favorecido en su propaganda.

En efecto, en el caso especial de la política parlamentaria, los anarquistas, de acuerdo con todos los partidarios sinceros de la organización sindical, piensan que esta no debe ser electoralista ni abstencionista; esto es, que debe, como organización, *ignorar* el movimiento electoral de los partidos políticos, dejando que sus componentes obren individualmente según sus propias opiniones, independientemente de la organización misma.

Pero entretanto, esto tiene un doble resultado, que viene a reforzar la propaganda abstencionista de los anarquistas. Por un lado la organización, no participando en las elecciones, realiza ya un acto negativo, que es acto de abstención verdadera, aunque no comprometa materialmente la obra de sus adherentes; por el otro lado el hecho de que los obreros en la organización de resistencia puedan *hacer de por sí*, sin la intromisión de la política parlamentaria y obren excluyéndola de sus movimientos de clase, los aparta realmente de los cuidados y preocupaciones electorales y por tanto los hace más aptos para comprender nuestra propaganda antiparlamentaria.

He ahí por qué los anarquistas pueden considerar a la organización sindical, autónoma de los partidos y del Estado, como el ambiente mejor para moverse sobre las directivas de sus propias ideas. No teniendo propósitos materiales de partido que alcanzar antes de la revolución, y no siendo su propósito, en el fondo, más que la revolución, resulta por consiguiente que la independencia del sindicato respecto de los partidos no se hiere en lo más mínimo, constituyendo ellos precisamente un partido — el único partido — que todo tendría que perder y nada que ganar al agregar a sus dependencias una especie de cola que haría pesado su movimiento y lo serviría para ser servida.

Los anarquistas, no queriendo ser los *jefes* de los obreros ni los directores *desde arriba o desde el centro* de la revolución, sino simplemente los actores de ella, y sosteniendo, de acuerdo a sus ideas, que el pueblo debe hacer y esperar de sí mismo y de su acción directa y revolucionaria su propia emancipación, cuando se niegan a subyugar el movimiento obrero a su partido no renuncian a nada. Siguen simplemente las directivas de su programa de recíproca autonomía y de inter-independencia.

* * *

Los anarquistas, adhiriendo como elementos activos al movimiento obrero, no sólo están en perfecta coherencia con sus ideas, sino que contribuyen a hacer conscientemente del ideal anarquista el alma misma de la futura revolución proletaria contra el capitalismo.

Se ha visto ya anteriormente como el movimiento sindical, por estar basado en intereses más bien que en ideas, está sujeto, — a pesar de esa tendencia inicial y los fines abiertamente proclamados, — a desviaciones y a tendencias particulares, peligrosas, determinadas precisamente por el prevalecer en ciertos momentos y en ciertos ambientes de los intereses especiales de categoría sobre los intereses generales y finales. Y muchos, no sólo entre los anarquistas y los sindicalistas, sino también entre los reformistas que han obliterado completamente toda idealidad socialista, sienten con frecuencia la necesidad de apelar a un motivo ideal que contribuya a mantener en el camino íntegramente revolucionario al proletariado organizado.

Y hemos visto también, examinando la posición de la organización sindical frente a los partidos políticos, cómo el anarquismo es la idealidad que más puede beneficiarse y tener mayores puntos de contacto con las finalidades prácticas y las tendencias del movimiento obrero.

Y bien, de todo esto podemos concluir que el ideal anarquista es el único que puede, sin peligros de desviaciones y corrupciones, tener despierta en las masas la atención, o mejor la tensión hacia la revolución contra el capitalismo y todos sus puntales jurídicos, económicos y políticos. Cuanto más popular se haga el ideal anarquista y más difundida esté su propaganda, tanto más serán evitadas las desviaciones y corrupciones del movimiento sindical.

Según mi parecer, los anarquistas deberían rechazar toda tentativa de aprovechar de una influencia cualquiera ejercitada en las organizaciones obreras para imponerles su propio credo político y su propia bandera especial. Eso no sería lógico ni anarquista sino cuando todos los obreros organizados fuesen anarquistas y ninguno disintiese.

Pero esto, antes de la revolución por lo menos, es imposible, siempre que se tenga presente que la organización debe acoger a todos los obreros asalariados, precisamente porque es imposible que todos los obreros organizados se vuelvan anarquistas. Y por otra parte, si esto fuese posible, no sería ya el caso de organizarse para la simple resistencia, sino más bien para hacer la revolución y organizar la anarquía.

Nosotros sabemos que antes de la revolución sólo una minoría es susceptible de ser conquistada por ideas; la mayoría prefiere, en el caso menos malo, adaptarse al ambiente, y sólo se adaptará a un nuevo orden de cosas cuando una revolución haya creado — en virtud del espíritu de iniciativa de las minorías ya formadas y evolucionadas — un nuevo ambiente.

Hasta ese día, pues, es necesario que las minorías no sobrepasen la órbita de su cometido particular. No hay que coartar la libertad de los demás, aunque sea con buen fin, sino sólo influir sobre ellos con la propaganda y el ejemplo, para ganar nuevas conciencias, para predisponer psicológicamente a las mayorías a los eventuales acontecimientos revolucionarios.

Pero para esto no hay necesidad de dar a las organizaciones un nombre y una bandera que puedan contradecir la conciencia de muchos o de pocos, basta obrar en su seno según las propias ideas, a pesar de todo y de todo, resistiendo a la sugestión de los intereses particulares, haciendo en todas las ocasiones propicias propaganda anarquista. Pero siempre dejando a los obreros organizados libres de obrar a su gusto y según sus tendencias, no oponiendo a estar, donde no coincidiesen con nuestro modo de ver, más que nuestra libre crítica y el ejemplo de nuestra actividad individual.

Los anarquistas son factores de la autonomía individual en el seno de la organización, y de la autonomía de los agrupamientos locales en el seno de las federaciones y confederaciones sindicales, también por esto: porque en el respeto a las opiniones y a la libre iniciativa sea

---

se, al fin de que sean auxiliares de los explotadores".

No sabemos si nuestros social-reformistas aceptan los puntos de vista del pontífice del socialismo español. Pero lo real es que los antagonismos doctrinarios se manifiestan en todos los campos de la actividad humana y con los sindicatos los que ofrecen un escenario más vasto para esa ineludible lucha de principios y de ideas.

Los anarquistas debemos aceptar esa lucha ideológica. Rehuirla significa renunciar a ser, en el movimiento obrero, actores y partícipes de la batalla que directamente rinden los pueblos contra el privilegio, la explotación y la mentira consagradas por la ley y materializadas por la autoridad.

garantida la libertad de propaganda con la palabra y el ejemplo. Esto basta al cumplimiento de una función de propulsión idealista anarquista, que por lo demás es también posible para los hombres de todas las otras ideas sociales y políticas. Sólo que a los otros no les basta esto, ya que todos los otros partidos se proponen fines de dominio material y político; y es a estos fines que los anarquistas deben oponerse con todas sus fuerzas.

Por consiguiente, los anarquistas tienen menos interés que todos en conquistar en la organización puestos de confianza, cargos, etc., de los cuales servirse para hacer prevalecer su modo de ver y su táctica. No es una incoherencia que uno de los suyos acepte estos puestos, llamado por la estima y la voluntad de los organizados; pero, en interés de sus ideas, mejor sería que los anarquistas evitasen esto lo más posible, para mejor quedar dueños de sí mismos y desempeñar sin responsabilidad y sin frenos toda su función — la función de una levadura continua de rebelión y de conciencia entre la masa organizada.

Sucede alguna vez que los anarquistas, llamados por la confianza de los organizados a desempeñar cargos ejecutivos, crean ser útiles a sus ideas forzando el tono general de la organización y dándole una apariencia revolucionaria contrastante con la realidad. Es un error que antes o después se paga con amargas desilusiones. Aún en ese caso, los anarquistas deben ejercer su influencia individualmente, sin empeñar a la organización y sin dejarse arrastrar por ella a actos contrarios a sus ideas.

Y cuando esto no es posible, mejor es renunciar honestamente al encargo recibido que quedar en la alternativa, igualmente dañosa, de dar a la organización un carácter en contraste con el espíritu dominante entre los asociados, o plegarse a trasacciones con su conciencia de anarquistas.

Se evitará así el equívoco, con tanta frecuencia observable, de organizaciones que, para el público, gozan de una orientación anarquista, y que luego, en los momentos culminantes, (cuando los intereses y las voluntades contrarias de los asociados predominan sobre las intenciones de los hombres representativos, exponentes de los órganos ejecutivos y administrativos) desmienten la fama obtenida y obran de modo diametralmente opuesto a las concepciones y a la táctica del anarquismo.

Con mucha frecuencia se ha tenido ocasión de constatar cómo óptimos elementos anarquistas y revolucionarios que tenían una influencia extraordinaria entre la masa cuando eran simples militantes en las filas de la organización, la perdían poco a poco, después de llamados a cubrir cargos (estipendiados o no), hasta bajar en vez de subir el tono revolucionario de la organización misma.

Para tener despierto el espíritu ideal y advenirista en el seno del movimiento proletario es necesario, pues, contar esencialmente sobre la fuerza de las ideas y el espíritu de iniciativa y de sacrificio personal. Decir siempre la propia opinión y obrar siempre en conformidad con ella — propaganda de ideas y propaganda del hecho, — está aquí todo el secreto para la solución del problema que nos preocupa. Competir con los otros en actividad, estar en el primer puesto en todos los lugares donde haya que afrontar responsabilidades individuales o colectivas, saber ir contra la corriente desde sea necesario, y hasta renunciar a algún éxito aparente y momentáneo, no preocuparse demasiado por el número, aún procurando convencer a la mayor cantidad de gente que sea posible: éstas me parecen tareas específicas de los anarquistas.

Si todos los anarquistas tuviesen la constancia de contenerse así, por algún tiempo, en su participación personal activa en el movimiento obrero, antes de lo que [illegible] animados de tal e[illegible] de independencia frente al Estado y a los partidos autoritarios, vale decir de libertad y de revolución, que haría que la revolución social fuese cada vez más posible y siempre más cercana a las soluciones por nosotros auspiciadas.

De este modo el ideal anarquista podría convertirse, sin ser un apriorismo impuesto con sello oficial, en el alma del movimiento proletario y su íntima guía espiritual y moral a lo largo del camino que debe conducir a la humanidad a un porvenir luminoso de justicia social, en el que todos los hombres sean libres en la solidaridad y solidarios en el ejercicio de la más completa libertad.

Solidaridad y libertad, normas de vida de una sociedad futura que debe nacer de la revolución social, son también las condiciones indispensables de la lucha cotidiana para alcanzar y para preparar una revolución que no acabe, como todas las pasadas, substituyendo una tiranía a otra. Por el espíritu de una y otra a la vez, armonizándose e integrándose recíprocamente, debe estar animada la organización de clase del proletariado, si quiere ser y hacerse cada vez más, no una simple agencia de negocios para la venta al mejor precio de la mercancía trabajo, sino un instrumento de redención y de liberación de toda la humanidad.

Luigi Fabbri

---

(1) *Anarquismo y Socialismo eran sinónimos o casi antes de 1880, al menos en las naciones latinas; y el primero estaba contenido en el segundo. Fué sólo mucho más tarde que, acentuándose las diferencias en la doctrina y en la práctica, los anarquistas han renunciado a llamarse socialistas, sin renunciar por eso a lo que de substancial, en las ideas, tenían ellos de socialistas.*

Antimilitarismo y Revolución

Si el socialismo no mata la guerra la guerra matará el socialismo.

Gordon Hosking.

I

Hemos ya inculpado bastante tiempo a la burguesía y hecho responsable a la clase dominante del carácter de la sociedad moderna. Ciertamente no fué un digno sujeto social: se hizo indigna y despreciable, porque vivió arbitraria e inescrupulosamente y explotó y oprimió las grandes masas, como simples objetos, sin compasión, para amontonar riquezas y más riquezas con la guerra.

Finalmente no pudo soportarse más. El pueblo de la Europa central y oriental se hizo rebelde, se sublevó, y en el oriente la clase dominante fué derrocada.

Pero ahora reaparecen en Rusia, en Ukrania y en Siberia los viejos capitalistas con nuevas figuras. Y el Estado vuelve a ser poderoso y el ejército crece enormemente.

¿Por qué? Porque el proletariado no se muestra capaz de cumplir sus deberes: convertirse en un sujeto social verdadero, dominar la naturaleza, la sociedad y a sí mismo y ordenar racionalmente la vida.

En Alemania, donde cayeron en 1918 los tronos y los capitalistas trepidaron un momento, colaboran constantemente los socialdemócratas y los demócratas-burgueses y sostienen el viejo sistema dentro de nuevas formas.

¿Por qué? — Porque el proletariado no fué capaz de renovar la sociedad por sí mismo.

Todo pueblo tiene el gobierno que merece, y hay que pedir cuentas al pueblo que soporta todo eso.

Un pueblo libre no tiene gobierno alguno. ¿Cuándo derribará el moderno proletariado, que hasta ahora es sólo un animal de carga, a sus amos, cuándo levantará la cabeza y no se dejará forzar y dirigir más y cuándo se convertirá en hombre?

Este es el gran problema de la revolución. Pues revolución no sólo es cosa negativa, trastorno, destrucción, sino positiva, renovación, nivelación. La revolución en los cerebros, como lo ha confesado también Marx, precede a la revolución en la sociedad. Nuevas ideas, nuevos conceptos, nueva voluntad, una convicción humana profunda, son los factores subjetivos que hacen posible una nueva sociedad. Los factores objetivos — el viejo mundo y los nuevos medios de producción — los hay en abundancia. Ya antes de la guerra mundial era perfectamente posible, desde el punto de vista técnico, transformar la sociedad capitalista en una sociedad socialista. Pero el hombre [illegible] que realizar esa transformación no existía. La incapacidad técnica y moral del proletariado impuso el dominio de las viejas clases imperantes. Y éstas dominan y gobiernan hoy sin responsabilidad alguna.

II

Yo no acuso. Constato. Quiero aún más que constatar. Quiero despertar en el proletariado un nuevo aprecio de sí y una nueva energía.

Para eso debe ser hecho ante todo responsable. Esta época apela como nunca al proletariado. Si no se levanta, si no consigue libertarse decisivamente del absurdo de la dominación burguesa, degenerará y sucumbirá con la burguesía.

El poder de la clase dominante no es exterior sino interior. Se funda en el "respeto", la "fe", la "sumisión". El poder de las clases dominantes se basa en la impotencia que impuso la burguesía al proletariado, en el militarismo pasivo, con que ha sabido animar las masas. Pues el militarismo tiene dos caras: por una parte es activo, querellador, desconsiderado, dominador; por otra pasivo, sumiso, obediente, paciente. El pueblo está animado por un espíritu de ciega, de esclava servilidad.

Esa servilidad es producida por la iglesia, por la fábrica, por el cuartel, por la escuela, por la prensa, por la oficina, por la prisión, por el cinematógrafo, por el partido. Ciertamente hay cien mil disculpas. Pero con ellas no se libertará al pueblo. El pueblo sólo puede ser liberado por sí mismo. El proletariado debe ser su propio Mesías.

No se trata de la "posesión de las fábricas" solamente. Se trata de ocupar los talleres y de dominarlos. El socialismo es en primera línea un problema de dominación racional y libre de la producción. Se trata de una colaboración conveniente de camaradas para la satisfacción de la vida social humanizada. Esto es cosa de un orden interior y externo nuevo. Se trata de una sinfonía de libertad solidaria.

Para eso el socialismo sólo puede ser anárquico. Donde existe la dominación no puede dominar la camaradería. Allí se desarrollan siempre nuevas formas de opresión y de explotación. El tirano vive de los esclavos. Donde los sacerdotes, los jefes, los dictadores, hablan todavía pro *vobis omnibus* (por todos nosotros), donde los ministros, los burócratas y los oficiales deciden de vosotros, sin vosotros y sobre vosotros, — donde se os exige, en paz y en guerra, disciplina de cadáveres, — allí no vive el socialismo; allí nuece hasta su mismo germen. Donde los intereses de grupo se anteponen a los intereses generales, — donde la humanidad es olvidada, — donde sólo se tienen en cuenta la propia nación, y los intereses de todos los demás son subordinados desconsideradamente a los propios, — allí no se desarrolla ninguna Internacional que libere la tierra de la guerra de razas, de clases y de Estados.

III

Se conoce el fin por los medios. Sea cualquiera que sea el fin que se persiga, el objetivo verdadero es condicionado absolutamente por los medios. Los medios de la burguesía son los de Maquiavelo y de Loyola.

Los medios de la socialdemocracia son los de Maquiavelo y de Loyola.

Los medios de la social democracia son burgueses.

El Estado de los socialdemócratas y de los demócratas burgueses es burgués.

El Estado de los bolcheviques es una institución burguesa revolucionariamente simulada que se realiza con los medios burgueses y preburgueses, feudales y prefeudales.

El ejército de los bolcheviquía es burgués. Al comienzo era revolucionario, cuando la revolución rusa estaba aún bajo las soluciones socialistas-libertarias, anarco-sindicalistas. Pero — nos dice Alejandra Kolontay — fué militarizado poco a poco: especialistas, superviviencias del pasado, ligados indisolublemente por su esencia entera con el viejo sistema burgués, penetraron en el ejército rojo e introdujeron allí la subordinación clasista, distinciones, los rangos, la disciplina de clave, la arbitrariedad de los superiores, etc. Y del ejército salió todo eso a la vida social, preparada para recibirlo por la dictadura y por la tiranía del Comité Ejecutivo del partido.

El servicio mecánico en el ejército como en la fábrica era burgués y preburgués de carácter. Fué impuesto por las amenazas y los castigos, desde afuera y se suponía, en el pueblo un buen, o al menos no mal esclavo.

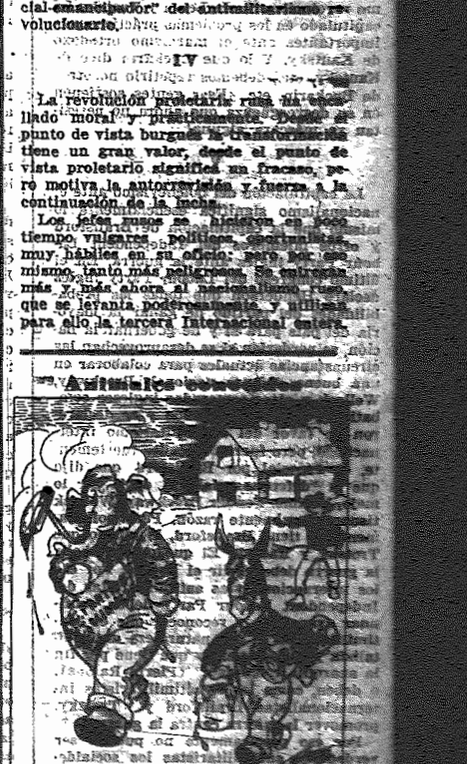
La vieja disciplina es exterior. La nueva disciplina es interna: el espontáneo obrar voluntario en pro de un objetivo colectivamente querido, donde cada uno trabaja según su capacidad y en fuerza todo lo posible. Esta no es una disciplina sin jefes. Pero esos jefes no son autoridades a quienes se debe obedecer sumisamente. Son sólo guías, en tanto que en un determinado aspecto están extraordinariamente dotados, y como tales son reconocidos por sus camaradas voluntariamente.

Una disciplina libre semejante sólo se hace posible con la lucha revolucionaria contra el Estado, la burocracia y la milicia; contra los superiores oficiales y sacerdotes; contra una Internacional de los ministros u otra cualquiera que [illegible] Napoleón, Trotsky y [illegible] Radeck. En este concepto tiene razón Pierre Ramus cuando habla del carácter [illegible] emancipador del antimilitarismo revolucionario.

IV

La revolución proletaria rusa no escuchado moral y prácticamente [illegible] punto de vista burgués la transformación tiene un gran valor, desde el punto de vista proletario significa un fracaso, pero motiva la autorrevisión y fuerza a la continuación de la lucha.

Los jefes rusos se hicieron en poco tiempo vulgares políticos oportunistas, muy hábiles en su oficio; pero, por eso mismo, tanto más peligrosos. Se entregan más y más ahora al nacionalismo [illegible] que se levanta poderosamente y utilizan para ello la tercera Internacional entera.



Trotzky, un tiempo internacionalista y antimilitarista, propaga ahora un nuevo patriotismo local: los Estados Unidos de Europa, con un presupuesto común de reparaciones y de guerra, es decir una federación de Estados bajo la dirección bolchevista-socialdemocrática, un gigantesco capitalismo de Estado, que será dominado desde Moscú. Radeck especula en una convivencia de Rusia con Turquía y Japón. Magnífica al nacionalista alemán Schlageter y coquetea con el chauvinismo más rabioso de la derecha a fin de conquistar a sus adeptos para su "política de izquierda".

Su loca impaciencia renuncia a despertar la revolución y cree poder imponerla a los pueblos de Europa. Se olvida que esos métodos matan justamente la revolución que quieren avivar. Vaillant Couturier condena la deserción y la negación a prestar el servicio militar y magnifica, como todos los jefes comunistas de Francia, a todos los que sirven en el ejército, pues según su opinión la disciplina del ejército es la mejor preparación para la disciplina revolucionaria. Buckarin que hace mucho que habla ya con preferencia del "militarismo proletario" nos participa ahora que, en el caso de que Rusia, asociada a un gobierno burgués, sea comprometida en una guerra, es deber de los revolucionarios del mundo entero apoyar la coalición ruso-burguesa. Ya se han introducido en Rusia, como antes en Francia, los tres años de servicio militar obligatorio; existe allí un ejército organizado a la manera burguesa, ¡mecanizado!—; se trabaja febrilmente en las flotas de guerra aéreas y navales... Anteriormente en oposición al nacionalismo de la segunda Internacional, se revelan ahora los bolchevistas como nacionalistas socialdemócratas y como políticos de la vieja cepa y han madurado ya aproximadamente para la Liga de las naciones.

La vieja concepción es comprobada: quien dice Estado dice ejército, dice guerra, dice división de la humanidad en dominadores y en dominados, en patriotas y enemigos. El bolchevismo sigue al fin por el mismo camino que la socialdemocracia maldecida y perseguida por él. Mientras Buckarin dice que el marxismo ortodoxo de Kautsky ha capitulado en los más importantes problemas teóricos ante el revisionismo de Bernstein, nosotros debemos decir que el marxismo revolucionario de Lenin y Trotzky ha capitulado en los problemas prácticos más importantes ante el marxismo ortodoxo de Kautsky. Y lo que Buckarin dice de Kautsky, etc., debemos repetirlo nosotros de Buckarin, etc. ¡Esas gentes sostienen en su desvergüenza que ahora no necesitan ya máscara alguna!

V

La capitulación del bolchevismo ante el nacionalismo significa esencialmente lo mismo que la capitulación de Brailsford y otros miembros del Independent Labour Party inglés ante la guerra. En el último congreso del Labour Party inglés declaró Henderson que todas las probabilidades del partido de ganar la mayoría del país para sí y de gobernar la nación, se perderían si se desaprovechan las circunstancias actuales para colaborar en una buena defensa nacional. Brockway, Wallhead y otros camaradas ingleses combatieron esta [illegible] y se declararon a favor del antimilitarismo internacional, pero fueron atacados fuertemente [illegible] por Brailsford, que dijo que la "defensa nacional" debía ser lo [illegible] Fenner Brockway, Wallhead [illegible] tienen completamente razón. Pero [illegible] tiene Brailsford, lo mismo que Trotzky y Radeck. El que quiere abolir la guerra debe abolir el Estado. Por eso los internacionalistas antimilitaristas del Independent Labour Party deben continuar avanzando y reconocer que el antimilitarismo [illegible] es naturalmente anticapitalista y [illegible] que tiene por fin la anarquía comunista" (Pierre Ramus), o deben, como los ex-antimilitaristas internacionalistas Brailsford y Trotzky, proclamar la guerra contra la guerra.

Por eso precisamente no pueden ser revolucionarios antimilitaristas los socialdemócratas bolchevistas que se preparan a una dictadura capitalista con los métodos [illegible] y [illegible] la lucha antimilitarista [illegible].

Justamente por eso ha rechazado la gran mayoría del congreso obrero canadiense de Vancouver la proposición de los adversarios de la guerra de hacer imposible ésta por la huelga general, etc.

VI

El proletariado internacional debe reconocer esto. Es necesaria una propaganda sin descanso, amplia y profunda, nacional e internacional, para abrir los ojos a la clase trabajadora. Sólo hay una salida: la del socialismo anárquico. Y ésta no sólo exige la transformación de la sociedad capitalista, sino en primera línea una elevación moral de los trabajadores. Una amarga experiencia nos ha demostrado que en la lucha de ideas entre Marx y Bakunin, fué Bakunin el que tuvo razón. Las concepciones de los sinlicalistas revolucionarios y de los social-anarquistas solo pueden ser guías positivos aún para una nueva práctica social.

La lucha por el antimilitarismo y la libertad debe ser realizada del modo más violento. No sólo es necesaria una propaganda teórica y práctica para la negativa individual y de masas ante el servicio militar, para la deserción, para la huelga general, etc., a fin de prevenir la guerra en el sentido de las resoluciones de la primera Internacional en 1866 — se debe iniciar una grandiosa propaganda — como la iniciada ya por Albert Libertad en Francia, por Nettlau en Inglaterra, por Rocker en Alemania, por nosotros en Holanda — en pro de la producción responsable: huelga absoluta para toda producción de muerte. El trabajador ejecute sólo aquello que puede humanizar la vida de la humanidad.

La moderna técnica de guerra se ha convertido principalmente en una cosa de la fábrica y del lavoratorio. Allí queremos combatirla. El ejemplo de los obreros italianos, alemanes, holandeses y españoles, que rehusaron directa o indirectamente el trabajo para la guerra, no puede ser una excepción, sino la regla para todos los casos.

El proletariado debe realizar esto. Puede prevenir la guerra durante la paz. Es misión de la Internacional sindicalista elaborar una táctica que haga efectiva en este sentido la lucha revolucionaria.

Tal lucha no será fácil. Pero despertará la dignidad de los trabajadores, fortificará su energía personal y apresurará el proceso social de transformación y de superación. Refinará la conciencia humana, ennoblecerá la vida y armonizará los medios y los fines.

Así queremos el verdadero "frente único" de camaradas que luchan unánimes por el socialismo libertario. Nuestra lucha contra el militarismo es sólo el reverso de la lucha por la dominación consciente del proceso entero de la producción y por el libre desenvolvimiento de la vida cultural.

¡Trabajadores! ¡A la lucha contra la gran prostitución del cerebro y de la mano!

B. de Ligt.— Presidente del Bureau antimilitarista internacional.
La Haya — Holanda. —

LA PAREJA

Vivían entre tres en el sótano de la casa: él, Bontsi, su anciana madre y su hermana, Tsirke la gibosa, que estaba siempre sentada en el mismo sitio, amarilla como la cera, y respirando con gran dificultad.

El que alimentaba a esa familia era Bontsi, gracias al hecho de no tener piernas.

Cuando uno no tiene piernas, ¿qué hace? Compra un carrito a cuatro ruedas y recorre la ciudad mendigando.

Eso fué lo que hizo Bontsi.

Para ponerse en marcha no necesita la ayuda de nadie. El mismo construyó unas palancas con clavos debajo y con manijas arriba, y sentándose con sus piernas deformes en el carrito bajo y sucio, se ataba fuertemente y partía por las aceras sinuosas, empujando con los palos en ambos lados del carrito.

Viajando de esta manera diariamente, durante muchos años, llegó a adiestrarse tanto con las palancas, que se movía casi tan bien como el resto de la gente. Hízose verdadero artista en ese modo de viajar. Agil como un mono, combinaba las palancas y dirigía el carrito ya a la derecha, ya a la izquierda, barranca abajo o cuesta arriba, en la dirección que él quería. Serpenteaba diestramente por las aceras en medio de las piernas y los vestidos de los transeuntes, y jamás tocó ni el borde del vestido de una mujer. Con arte sumo cruzaba las calles, evitando el choque con los caballos o los carruajes que por ella corrían.

El sitio habitual donde Bontsi mendigaba era en la esquina de la calle "larga y blanca". Allí se ubicaba desde temprano con su carrito, abría su gran boca y con su voz artificial y tenta comenzaba a murmurar su eterna canción:

—Tened piedad de un pobre infeliz... Sin piernas... Tened compasión.

Y había a quien pedir. Delante de Bontsi pasaban y corrían muchas personas, bien vestidas, con y sin lentes. Algunas mujeres despedían un aroma agradable, otras dejaban un olor a cosas saladas y agrias. Cruzaban, marchando a derecha o izquierda, en todos sentidos. Cada cual estaba preocupado de sus asuntos; Bontsi se esforzaba en atraer sus miradas por un instante sobre su carrito.

—Tened compasión; sin piernas; tened piedad.

Centenares de transeuntes pasaban sin mirarle siquiera. Uno entre cien le miraba, sí, pero dábase vuelta en seguida. Y sólo uno entre dos o trescientos ponía la mano en el bolsillo buscando algo allí.

Bontsi poseía un ojo experto. Reconocía por el movimiento si le darían algo, y cuánto. Y en ese caso, perseguía en su carrito al candidato: — Un infeliz sin piernas, tened piedad.

Y corriendo, lisiado y amarrado al carrito miserable, empujando a ambos lados rápidamente, apresuradamente con sus palancas, bramando su "tened piedad" con su boca deforme y sucia, se volvía horrible, perdía los últimos rasgos humanos que aún le quedaran, y entonces parecía más bien un gran murciélago-cocodrilo de la época del diluvio en persecución de su presa.

—Tened piedad — bramaba ese ente, y se deslizaba serpenteando entre la gente.

Y recibiendo la moneda volvía Bontsi a su esquina y su boca abierta seguía implorando por costumbre, por inercia.

En verano, cuando el aire es tibio y la gente lleva vestidos ligeros y la mano está más cerca del bolsillo, los "negocios" no marchan mal. Al atardecer siente Bontsi con gran regocijo que el bolsillo se le va poniendo pesado, y entonces saca los cobres y los cuenta en voz baja, pasándolos de una mano a otra:

—Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis.

Y si alguien pasa en ese instante, no puede contenerse y exclama su "tened piedad".

—Siete, ocho, nueve, diez. Un pobre infeliz lisiado. Quince, veinte, veinticinco. Tened piedad.

El retorno al hogar después de un día como ese, es bien alegre. En la calle angosta tiene Bontsi un quiosco conocido. Allí se detiene y se reconforta con un vaso de soda y un pastel.

Eso ocurre en verano. En invierno las cosas son bien distintas.

El día es corto, en la calle hace frío. Las piernas lisiadas se hielan en el carrito. Las palancas se mueven dificultosamente en las manos. Y la gente está enojada, sombría, y bien abrigada; su bolsillo y su corazón permanecen ocultos bajo una gruesa coraza de vestidos. Y entre cien personas una se apiada de Bontsi, siente pereza de quitarse los guantes y meterse la mano en el bolsillo.

Al anochecer, el bolsillo de Bontsi es bastante liviano aún. No cuenta, porque se acuerda bien de las monedas que recibiera. Malhumorado, Bontsi se queda sentado en la esquina y atraviesa el aire frío con su canción desesperada.

Un día, a principios de primavera, Bontsi se retrasó más de dos horas en llegar a su esquina. Su costumbre era venir a las ocho de la mañana, y vino a las diez.

Habiéndose acercado Bontsi, notó con gran dolor que en su esquina estaba sentada una mujer envuelta en harapos, quien, tendiendo la mano, mendigaba en su lenguaje mudo:

—U-u-be-mete-mete.

Bontsi se puso furioso. Los pordioseros son también solidarios. Tienen sus reglamentos. Cada mendigo tiene su esquina, y he ahí que, de pronto, sale esa andrajosa. ¿Habráse visto?

—¡Muñeca muda! — exclamó Bontsi, precipitándose con su carrito sobre la mujer y golpeándola con uno de sus palos. —¡Vete de aquí! Este sitio lo ocupo yo... yo, yo... Y Bontsi se golpeaba el pecho con el palo.

—U-u-mete-mete — chillaba la muda mirando a Bontsi. Bontsi vió delante de sí un ser picado de viruelas, con un solo ojo sano y gris. El otro estaba ciego. Y esos ojos extraños miraban a Bontsi con un odio tan expresivo, que no parecía un ser mudo.

Bontsi sintió repentinamente respeto por esa mirada semiciega, se apartó a un lado, mohino, y empezó a mendigar con su acostumbrado acento:

—Tened piedad de un infeliz, sin piernas. Tened compasión.

—U-u-be-mete-mete — musitó su rival, extendiendo las manos hacia adelante.

Todo el día Bontsi estuvo fuera de sí. Todas las limosnas eran para ella. El, Bontsi, era bien conocido ya por los transeuntes, había cansado a la gente con su canción y su carrito. La muda, en cambio, era una novedad, un efecto nuevo, y por eso todas las monedas afluían a sus manos.

Y durante todo el día, Bontsi no cesaba de rodar con su carrito de un lado para otro, persiguiendo ya a una ya a otra persona, y, sin embargo, no recolectó más de cinco "kopeks"... Contemplaba, todo excitado, cómo la muda no dejaba de recibir monedas, y a cada limosna que le daban, Bontsi la amenazaba desde lejos con uno de sus palos, lo cual significaba que él, Bontsi, le rompería la cabeza si no se iba de allí.

Pero a la "muda" se le importaba un comino; prolongaba su petitorio lentamente, irónicamente, como si hiciera pasar un susurro sobre la piel de Bontsi:

—U-u-be-mete-mete...

Y al día siguiente ocurrió lo mismo.

Bontsi veía evidentemente que la tuerta picada de viruelas lo perjudicaba. ¿Dónde se habrá visto semejante cosa? ¿Acaso quería ella que él, Bontsi, renunciara a sus prerrogativas y se buscara otra esquina? Pues ya le demostraría su error.

Por su vida, que le va a romper la cabeza, sí, romperle la cabeza...

Y al tercer día, al anochecer, Bontsi,

hambriento, transido de frío, no pudo soportarlo más y obsequió a la "muda" con unos palos en las piernas...

—¡Ay! ¡ay! — exclamó ella impensadamente, pero se contuvo al instante, recordando que carecía del habla, y se puso a dar voces en su lenguaje mudo:

—U-u-u-...

—¿Cómo? — exclamó Bontsi abriendo desmesuradamente los ojos. —¿"Ay, ay"? ¿Eh?... ¿Conque, muda? ¡Ja, ja!... ¿Oyen ustedes? — se dirigió victorioso a los presentes. — Ella habla, sabe hablar, la ladrona, ¿oyen ustedes? ¿Eh, mete, mete? — volvió a dirigirse a la "muda". — ¡A ver grita un poco!

Y diciendo esto le pegaba con todas sus fuerzas con sus pesadas palancas.

La "muda" se apretó contra la pared, y gritaba con voz ahogada "¡ay!", como una verdadera muda. Pero su ojo ciego giraba con gran miedo y odio sobre Bontsi y sus palos.

Por fin, no pudo soportar más y se puso a sollozar como una que sabe hablar: ¡Ay, ay, las piernas! Me desmayo, ¡socorro!

—¿Oyen ustedes?

Eso dijo Bontsi al grupo que se había formado alrededor de ellos. Y al mismo tiempo descubría, ufano, sus piernas lisiadas. — A ver, que se juzgue quien tiene razón. — Parecía que estaba irritado, no por lo que la muda pudiera haberle perjudicado, sino porque en general se cometían semejantes estafas.

De pronto se acordó:

—¡Trae el dinero, ladrona, el dinero!

El montoncito de limosnas lo tenía la muda en la mano, guardado en algo mugriento. Bontsi se lo quitó bruscamente y se apartó con su carrito, preparándose a luchar hasta la muerte con sus palos.

Pero la muda no se movió de su sitio. No hacía más que apretarse con más fuerza contra la pared. Y así quedó sentada, llorando y prestando atención, como un niño, a sus propios sollozos.

Enardecido, como después de una dura lucha, Bontsi fuese a su casa, trabajando con las palancas en ambos lados. Su corazón no podía calmarse. ¡Cometer semejante injusticia con él, un lisiado falto de piernas! ¿Acaso ella no podía ir a trabajar? Que espere, mañana él ha de mostrarle todavía...

Mas, a medida que se alejaba de la esquina, se iba apaciguando poco a poco. Repentinamente se sintió afligido por haber maltratado a la mujer. ¡Al diablo! ¡Si por lo menos hubiese sido un hombre! Acordóse cómo ella se apretaba contra la pared y lloraba, ni le contestaba ni se defendía, y Bontsi se puso triste y comenzó a mover con más lentitud las palancas.

Vió de pronto ante sí el húmedo sótano donde él vivía, a su anciana madre que le quitaba todo el dinero, y a la gibosa, su querida hermanita, que no hacía nada, fuera de comer, y Bontsi se alteró bruscamente por el hecho de que él debía trabajar para ellas tanto en verano como en invierno; ¡que el diablo se lleve a la gibosa!

Acudió a su mente la idea de que todos los hombres que caminan por las calles tienen esposas, buenas mujeres, cariñosas, que... hum... cuidan de ellos y les ayudan en sus negocios. Sí, y él, Bontsi, sabe Dios cuando podrá tenerla. ¿Y cuál será el fin? ¡Uno, después de todo, es hombre!

Y de pronto, sin querer, Bontsi tocó en su bolsillo el dinero que arrebatara a la "muda" y un sentimiento de piedad surgió en él hacia la mujer picada de viruelas a quien acababa de ofender.

—¡Ah, muñeca muda! — se decía Bontsi con dolor — ¡ah, muñeca muda!

Y al mismo tiempo dobló el carrito y se puso a marchar impetuosamente hacia "su" esquina.

La mujer estaba aún allí en la misma postura, las piernas detrás de sí, la cabeza agachada.

Al divisar el carrito se espantó y quiso huir. Pero Bontsi la tranquilizó en seguida.

—Tú, espera, no te haré nada.

Y Bontsi se acercó, dejó un palo y alcanzó a la "muda" su montoncillo de monedas.

La muda lo miró con desconfianza, primero con el ojo ciego, luego con el sano, y sólo después tomó el dinero.

Bontsi sintió que había realizado una noble acción. Siempre tomaba de otros, y ahora, por primera vez en su vida, era él quien daba. ¿Y cuánto? Todo un montón.

¿Pero acaso no se lo había quitado antes?... Sí, mas había quitado lo "suyo".

Con la palanca izquierda empujó Bontsi su carrito y se aproximó a un lado, cerca de la mujer:

—¿Eh, de dónde eres tú, muda?

—Be-be... De Schnipischok — contestó ella avergonzándose de su propia voz...

¿De Schnipischok? ¿De veras? ¿Tienes a alguien allí?

—Je-je... A nadie.

Bontsi se puso pálido:

—Mira; ¿un marido tampoco?

—Tampoco; todavía soy novia, je-je...

—¿De veras? ¿Y donde pernoctas?

—Je-je, en casa del sacristán de la sinagoga. Pago allí cuatro "kopeks" por noche.

Por un instante se contemplaron con curiosidad. Obscurecía ya. Caminaba la gente, pasaban los coches y nadie se fijó en ellos.

Bontsi no se sentía del todo bien. Un poco confuso, daba vueltas con las sucias palancas...

—A fe mía... — dijo de pronto y se calló.

La "muda" dirigió sobre él su ojo cegado.

—A fe mía — insistió Bontsi con un esfuerzo evidente. — A fe mía, ven a mi casa. Mi madre, a fe mía, no te cobrará nada.

—Yo no quiero — repuso la "muda" apartándose a un lado y ocultando las limosnas en el seno.

Bontsi se puso furioso. ¡"Es ella la que no quiere"! Y cogiendo firmemente en ambas manos las palancas, dispuesto a partir a cada instante, volvió a preguntar:

—¿No quieres? ¿No?

—No.

—Pues vete al infierno, a casa de tu sacristán... Y mañana búscate otra calle.

Y con gran enojo, pero también con mucho orgullo, Bontsi empujó su carrito y partió a toda velocidad sobre las cuatro ruedas...

Pero en la calle siguiente oyó de pronto detrás de sí pasos ligeros y suaves. Se dió vuelta y se encontró con la "muda" en persona.

—Je-je — se rió ella, amable y un poco avergonzada...

Y el que viajaba por aquella calle podía ver que Bontsi viajaba reposadamente, empujando despacio con las palancas, fuera de su costumbre; y al lado de su carrito iba una mujer picada de viruelas y tuerta. A cada momento Bontsi la miraba y una extraña expresión de dulzura se derramaba de su ancha boca, ensanchada a fuerza de pedir limosnas...

Los que pasaban aquella tarde por la calle angosta que conduce fuera de la ciudad, veían a Bontsi cerca del quiosco convidando a la mujer picada de viruelas con un vaso de soda y un pastel.

Ella bebía, reía y se ahogaba de contento, y Bontsi, desde su carrito, con la cabeza erguida, la preguntaba con respeto:

—¿Y qué tal? ¿Está bien, eh? ¿Es buena el agua?

Desde entonces, se agregó al sucio carrito de Bontsi un banquillo de madera...

Como antes, Bontsi está sentado en la esquina de "su" calle, y al lado suyo una mujer muda y picada de viruelas.

Bontsi murmura su vieja canción:

—Tened piedad... de un pobre infeliz... sin piernas... Tened compasión...

Y la "muda" lo acompaña, ayudándole como una verdadera compañera:

—U-u-be-mete-mete.

S. SCHNEUR

Un gran escritor anglo-sajón de tendencias libertarias

JACK LONDON

SU VIDA—SU OBRA

I

Quisiera presentar hoy a los lectores un escritor anglo-sajón cuya obra poderosa y numerosa, aún demasiado poco conocida en Francia, aparece enteramente impregnada de fuertes tendencias socialistas, bajo las cuales se acusa el temperamento de un libertario. Es cierto que el ideal comunista tal como lo conciben los anarquistas no asustó jamás a Jack, es, en efecto, del gran novelista californiano, de que se trata.

Nómada y vagabundo yo mismo, desde hace mucho tiempo rebelado contra mi clase y por ella boicoteado, había sido seducido por su obra, y también por su vida, que es, al mismo tiempo que un tipo perfecto de nomadismo, el ejemplo más sorprendente del esfuerzo colosal, casi sobrehumano, necesario al escritor independiente y enemigo de las leyes para imponerse a la atención de nuestra sociedad capitalista y burguesa.

Ante los documentos reunidos para este estudio bio-bibliográfico, he admirado y desearía hacer admirar por mis lectores, la tenacidad de este hombre que muerto a los cuarenta años — y habiendo consumido en la lucha la parte más grande de sus fuerzas vivas, ha encontrado el medio de dejar la obra cuya amplitud, yo diría el genio, evoca la de nuestro gran Balzac, abatido también por el mal a los cincuenta y dos años.

En una noticia que su editor de Londres ha colocado al fin del libro titulado *The House of Pride* (La casa del orgullo), Jack London mismo ha resumido con precisión elocuente, su existencia, a la vez laboriosa, aventurera y atormentada.

Nació el 12 de enero de 1876 en Oakland, en el estado de California. Su padre, John London era un pobre cortijero de "Ranch", y conoció la infancia más dolorosa, más solitaria que sea posible imaginar.

El nos la ha contado esta infancia, ocupada en vigilar las abejas, captar los enjambres perdidos, a través del tranquilo, triste y monótono valle de Livermore, en el cortijo donde su padre trabajaba.

Ante estas líneas emocionantes, se adivina que amó las abejas apasionadamente, la única distracción y las únicas compañeras de sus jóvenes y solitarios años.

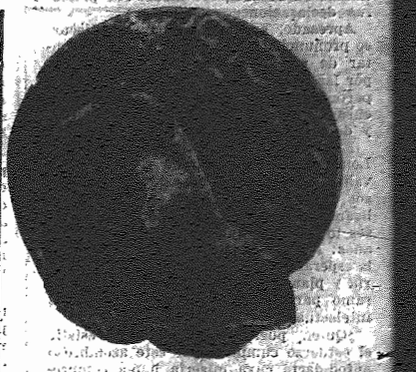
Y he compartido esa emoción, leyendo ese pasaje, pues en mi infancia vagabunda, las abejas han jugado también un papel amigo. Pero, más feliz que él, yo tenía un maestro, un sacerdote anciano, agricultor, a quien por sus ideas revolucionarias había la iglesia rechazado y convertido en un rebelde.

Amaba apasionadamente a estas hijas celosas del sol, a estas bebedoras insaciables de néctar, cuya miel, que transportaba a cuestas sobre su asno a las aldeas vecinas, aseguraba la tranquilidad de sus viejos años. Y me hizo compartir esta pasión. ¡Oh! Cómo las he recordado leyendo la infancia de Jack London; sí, he recordado que si mi viejo maestro, como el padre de Jack London, amaba las abejas, ellas le correspondían con creces. Lo veo, marchando libremente entre sus colmenas, volcando en esta gotitas de jarabe, estrechando con sus manos nudosas el orificio de aquella, para preservar la del resplandor nocturno, lanzando alrededor de esta otra puñados de ceniza mojada para alejar la hormiga rapaz y haciendo una caza sin tregua a las avispas, vagabundas y zánganas.

Y las abejas reconocidas le acariciaban, zumbando sus blancos cabellos; acudían, al menor llamado, a hacer botín hasta sobre sus labios, en su hermosa barba blanca, como alrededor de un lirio brillante. Y jamás la más colérica rozó su piel con el dardo...

Y al escribir esto no puedo menos que evocar, igualmente la colmena hoy dispersa de Fabre, Fabre, donde tantos lifes solitarios como el joven Jack London, más dichosos que él, hallaron, en tiempo compañeritos y tibiezas de nido.

Ya en aquel entonces, para el muchachito pastor de abejas, había comenzado la existencia errante que debía llenar hasta su muerte. Desde su nacimiento, en efecto, el cortijo del valle de Livermore era el tercero donde el jefe de la familia había fracasado para ganar su penosa vida.



Y también, Jack, sentía hervir en sus jóvenes venas el instinto nómada, la única herencia que debía resultarle.

Comenzaba apenas su undécimo año, cuando, apasionado por la lectura, — había aprendido a leer, solo — abandonó a los suyos y partió para Oakland, atraído por la biblioteca pública, como las abejas que abandonaba, por las flores del valle. De esta absorción glotona a través de la flora libresca, su sistema nervioso resintióse mucho y sufrió los primeros síntomas de la danza de *"Saint Guy"*.

Exceso cerebral, cierto, pero también sin duda, sufrimientos, privaciones, miseria fisiológica, pues el "chiquillo" para ganarse la vida estaba constreñido a vender periódicos en la calle. De once a diez y seis años realizó así, para poder instruirse, los más ínfimos y penosos oficios.

"Trabajo manual y escuela... Escuela y trabajo manual... tal fué mi vida en la infancia", resume con melancólico orgullo.

Saturado de lectura y de vida sedentaria, súbitamente atacado por instintos hereditarios de nomadismo, vuelve a sus correrías, se afilia a una banda de merodeadores cuya especialidad consiste en robar ostreras. Fué lo que yo llamaré su período de "Continuación individual" o mejor la aurora del odio contra el capital que sus miserias de la infancia habían impreso vigorosamente en su alma de adolescente.

Aunque breve, este período de su existencia fué bien empleado; pues él mismo confiesa con conmovedora ingenuidad: "Si la ferocidad del código burgués hubiese podido alcanzarme en todos mis actos de piratería, hubiera recogido quinientos años de prisión..."

Fatigado de afrontar el revólver de policías y guardianes y seducido por el infinito misterio del mar, Jack London se embarca como marinero en un *schooner* y se aleja hacia el Japón y el mar de Bering a cazar focas y pescar salmones.

Después de siete meses de correrías a través de los mares glaciales, retorna a California donde continúa su vida de vagabundo adoptando los oficios más rudos, alternativamente mozo de cordel, pañolero y obrero en una fábrica de yute donde trabaja desde las seis de la mañana hasta las siete de la noche.

En esa época vuelve a sentir la nostalgia del país natal, parte para Oakland donde se redactaba el *School*, un magazine semanal.

Para él escribió narraciones que no solamente participaban de la imaginación, sino que en el fondo se relacionaban con su experiencia acerca del mar y sus correrías de vagamundo.

Mal remunerado, debió, para su sustento de hambre, añadir a sus funciones de redactor, la de portero de la casa. "Pero escribe, mi destrozada salud me obligaba a solicitar licencias, siendo al cabo, demasiado grande de lo que yo podía soportar."

Es en ese momento que la rebeldía contra el capitalismo opresor, que desde hacía tiempo resonaba en su alma de víctima, estalló y arrastró su primer acto revolucionario. En un país donde, más que en otros, el Oro es Dios y el Mercado

tilismo su Profeta, osó lanzar sus primeras declaraciones socialistas.

Apresado, encarcelado por un discurso pronunciado en la calle, conoció a contar de ese día todas las persecuciones por las cuales las sociedades capitalistas, pertenezcan al mundo nuevo o al antiguo, ensayan ahogar la revuelta del espíritu y de la conciencia.

Expulsado de la revista *School*, Jack London no se desconsuela y hace frente valientemente a la tempestad. Sigue cursos de la Universidad de California, realizando solo y por sí mismo en tres meses lo que otro hubiese realizado en tres años: "Me disgustaba, dice, abandonar la esperanza de una educación universitaria y planchaba camisas en una casa del ramo para subvenir a mis necesidades intelectuales..."

¿Quién, pues, hubiera podido resistir el esfuerzo cumplido por este asombroso autodidacta cuya miseria había comprometido la salud?

"Por más que me mantenía firme, añade tristemente, para conducir de frente el trabajo de mi cerebro y el de mis manos, a menudo caía rendido de sueño, la pluma en la mano..."

Entonces, abandonó la casa de planchado e intentó vivir del oficio de escritor.

Pero pesando más que nunca sobre él la prueba reputación de revolucionario, continuó muriéndose de hambre.

Notad que en esa época, no se había contentado con militar en Oakland, su ciudad natal, y en California, sino que impulsado por sus instintos nómadas se había ido a través de Estados Unidos y Canadá sembrando el buen grano revolucionario y cosechando semanas y meses de prisión.

No calculaba ya las ergástulas americanas de cuyas había sufrido los horrores.

¿Os asombráis, después de lo dicho, que magüer la originalidad de su talento que ya se anunciaba tan poderoso, los editores, de alma profundamente burguesa, lo mantuviesen en cuarentena y rechazasen sistemáticamente su colaboración? Uno de ellos, especie de bruto, antiguo boxeador, no satisfecho con devolverle el manuscrito lo expulsó a puñetazos.

Fué entonces que, el cuerpo deprimido por esta vida de sufrimientos, el alma rebelada por la ferocidad del ostracismo que le hería, cesó de escribir y partió para el Klondike en busca de oro. Fué para él la salud.

"En el Klondike, escribe, encontreme conmigo mismo. Allá nadie habla, todo el mundo piensa; el gran silencio blanco rodea al hombre y es cuando se puede obtener el verdadero conocimiento de sí mismo. Es lo que hice..."

Permaneció allí un año, arrastrando la vida dura, áspera pero sana de los mineros, estudiando las costumbres de los buscadores de oro, la de los perros de Alaska, sus auxiliares más preciosos, y acumulando con observación inteligente, incansable y minuciosa, los elementos de sus libros más hermosos.

Pero he aquí que se enferma del terrible escorbuto endémico en esas zonas glaciales, donde la alimentación vegetal es casi imposible, ulcerando sus encías, desarticulando sus dientes, atormentándolo con fiebres continuas, a cuya acción hubiese sucumbido si no hubiera abandonado ese terrible y misterioso país, sin embargo el único donde encontró un poco de dicha.

Con profunda pena lo abandonó, y como su padre, acabado de morir no aguardó al pescador para retornar a California, con dos amigos, arriesgóse sobre una balsa sin cubierta que — nos dice — recorrió mil novecientas millas en 19 días.

Vuelve al país natal, emprende otra vez la pelea, dedicándose a vencer la mala voluntad de los editores.

Escribió primero "*Down the River*" (A lo largo del río) que nadie quiso aceptar.

Entonces indignado rechaza no lo deseo, sino su alma.

"Los editores, dice, y especialmente escribí una serie de veinte mil palabras, sin que se me aceptara ninguna..." A pesar de ello, sostenido, instigado, lo decide contra el hielo invisible con la energía de la desesperación. Al fin logra que le aceptaran un cuento que un maestro no calificaba, resumiendo, con cinco dólares. Pero después la revista, "The Black Cat" (El gato negro), le pagó otro cuento cuarenta dólares.

Su talento de rebelde había vencido el ostracismo burgués. Y con mezcla de tristeza y de alegría escribe: "En fin, no estaba más obligado, para vivir, a recoger carbón", y añade con intrépida serenidad: "¡Oh! Hubiese sido capaz de hacerlo si todavía lo necesitase!..."

Sorprendidos ellos mismos más que él por el enorme éxito de sus primeras obras que consistían sobre todo en narraciones, cuentos y novelas, los editores, que días antes todavía, le fueran más hostiles apresuráronse a solicitar colaboraciones. Es entonces que Jack London inicia sus verdaderos "debuts" literarios.

"Hubiera podido desde ese momento, nos dice, colaborar mucho en los diarios; pero tenía bastante buen sentido y dolorosa experiencia, para no convertirme en esclavo de esa máquina matadora de hombres que es el periodismo. Pues así juzgaba yo a un diario para un joven principiante..."

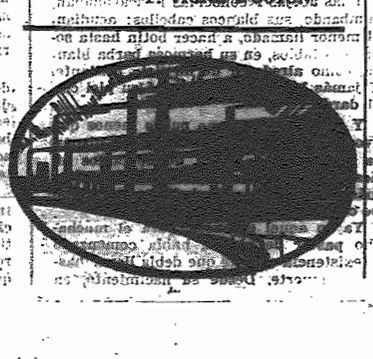
Y traza en pocas líneas su retrato intelectual y moral: "Creo en el trabajo regular y no espero nada de la inspiración. Por temperamento no solamente soy negligente e irregular sino melancólico. Y sin embargo, gracias a mi esfuerzo renovado, he vencido estas enojosas tendencias. Mis largos años de miseria y de lucha contra el capitalismo feroz, la disciplina severa que he soportado como minero tuvo vigoroso efecto sobre mí. Quizá mi ruda vida de marino sea la verdadera causa de mi débil necesidad de dormir. Cinco horas y media es el término medio que necesito y ninguna circunstancia ha sobrevenido aun en mi vida que pudiese mantenerme despierto cuando la hora del reposo había sonado... Aunque educado al principio en la ciudad, gusto más estar cerca de ella que en ella. La vida en el campo es la mejor y la más natural... en mis años de formación los autores que han influído sobre mí son: Carlos Marx y Spencer..." Pero se desprende de su obra que el pensamiento filosófico de Jack London había, en el curso de su vida errante y dolorosa, evolucionado más allá del cuadro un poco estrecho que el autor de *El Capital* ha trazado a la doctrina revolucionaria.

A partir de su primer gran éxito hasta su muerte, Jack London no cesó de producir regularmente y con asombrosa fecundidad. Ha dejado cincuenta y dos volúmenes. De ahí que su obra aparezca desigual, y al lado de verdaderas obras maestras, se colocan libros mediocres de fondo, que deslucen el conjunto y que serían indignos de llevar la firma del maestro, si su estilo inimitable no los realzase un poco.

Para dar a mis lectores una idea de esta labor colosal llevada a cabo en vida tan breve, analizaré aquí próximamente, si lo las obras donde Jack London ha volcado lo mejor de sí mismo y de su genio y que son precisamente aquellas en que se apiada de la humanidad sufriente, aquellas en que se inclina, como Sebastián Faure, sobre el *Dolor Universal*. Como Sebastián Faure, también, ha querido, deseado, buscado, la *Felicidad Universal*. Me propongo en el próximo artículo comparar la obra de estos dos rebeldes.

Y se verá que hay páginas de Jack London que podrían ser firmadas por Kropotkin; otras evocan el alma generosa, ardiente y clarovidente a la vez de los Reclús, de los Bakunin, de los Proudhon, de todos aquellos que apenados e indignados por las crueldades de la sociedad capitalista y burguesa se lanzaron a la lucha implacable contra los Amos y los Dioses cuya sed es la carnicería.

P. VIGNE D'OCTON



NIETZSCHE Y EL ANARQUISMO

"¡Yo quiero vivir la vida!... ¡A toda costa! En los placeres más refinados, en las más voluptuosas delicias. Si para alcanzar mis fines tuviese que aplastar a esta humanidad vil e imbécil que desprecio; si tuviera que sumergirla entre mares de sangre y montañas de cadáveres, no vacilaría un instante. ¿Qué vale la vida de algunos millones de miserables ante mi bienestar?"

Así se expide un jovencito neronizante en una revista individualista. ¡Cuántos desahogos literarios de este género hemos leído y continuaremos leyendo en los periódicos que se dicen anarquistas! La culpa ¿es de Nietzsche?

Un poco suya, pero sobre todo es de la fácil sugestionabilidad de sus inmaduros lectores, que no saben distinguir lo que es impulso lírico y lo que es pensamiento filosófico. El lenguaje lleno de imágenes del poeta-filósofo los impresiona y los conquista; y esto porque son incapaces de desnudar el pensamiento para examinarlo críticamente.

Es significativo el hecho de que Nietzsche haya encontrado un apologista en el más imaginativo, en el más epidérmico literato actual: D'Anunzio, que saludó en el profesor alemán:

El Bárbaro enorme — que levantó de nuevo a los dioses serenos — de la Hélade sobre las amplias puertas — del porvenir.

Casi todos los apóstoles del Verbo de Zaratrusta son personas embadurnadas encendido, continúan encendiéndose y se encenderán por mucho tiempo todavía en torno a su nombre, demuestran que la obra del poeta hace sobrevivir el pensamiento del filósofo. La palabra del poeta es cálida, relampagueante y resuena en el crepúsculo del pensamiento consiguiendo reunir a la multitud de los esteta... de literatura.

Los filósofos, los mayores, consideran a Nietzsche un "literato". Los sociólogos y los médicos lo condenan como un loco, un decadente.

Las acaloradas discusiones que se han

Cuando, hacia el fin de la octava década del siglo pasado, todo el campo artístico y filosófico fué conmovido por las nuevas teorías nietzscheanas, se formaron dos partidos: el que veía en Nietzsche el Mesías de la nueva humanidad y el que veía en él un ídolo embustero, un Anticristo loco. Los creyentes ofendidos por sus blasfemias, los puritanos escandalizados por su inmoralismo, los democráticos irritados por su feudalismo, lo lapidaron como sacrílego, como degenerado, como enemigo de la sociedad. Aquella multitud variada de enemigos, empezó por negar el valor literario de la obra nietzscheana. Después la admitió, pero negó absolutamente el valor filosófico. Nietzsche fué acusado de diletantismo, y fué considerado como un literato audaz vestido de formas brillantes y de pensamientos robados aquí y allá: de Platón y de los sofistas, de Stirner, de Renán y de muchos otros.

Después se le acusó de romanticismo, calificándolo un decadente que veía en el clacisismo una fuente de salud.

Las apologías de los nietzscheanos y los linchamientos críticos de los antinietzscheanos eran exageraciones, que no lograron hacer de Nietzsche ni un semidios ni un delincuente, sino que lo dejaron, cual fué, un gran artista y un filósofo loco.

¿Cuál es el secreto de su éxito? Me parece que responde Barzellotti:

"La rumorosa popularidad adquirida en los círculos literarios y artísticos por un pensador y un esteta tan nuevo y tan subjetivo como él, no puede maravillar en el ambiente de la cultura contemporánea, saturada de ideas filosóficas, que penetraron en todo sentido el arte y la vida. Además de este hecho y la manía de lo nuevo y de lo crítico tan intensa en todos los países, y el cosmopolitismo literario siempre creciente, bastaría a darnos uno de los principales motivos de la fama de Nietzsche, el que se le considere, lo que es en realidad, partidario de una doctrina diametralmente opuesta a todas las teorías democráticas, sociales, igualitarias. El desafío lanzado por el filósofo, con voz tan sonora, a las ideas hoy más en boga, hizo que mucha gente se volviese súbitamente hacia él; entre los diversos temperamentos de la muchedumbre que siempre ama un poco el escándalo, la paradoja rimbosa, se ha conciliado la simpatía apasionada de los individualistas, de los aristocráticos, de los intelectualistas, de todos los refinados. Y luego Nietzsche, como escritor, es uno de aquellos que, aún traducidos, hacen sentir al que los lee el calor latente que penetra el pensamiento y su expresión, elaborada con arte. *Pectus est quod disertus facit*. En él hay mucho de la lógica apasionada de Rousseau, del que algunos entre sus primeros escritos traicionan la larga lectura. Y de Arturo Schopenhauer,—de cuya doctrina se encamió a las propias, si bien después lo renegó llamándole "el gran moneda falso de Francfort" — tuvo la audacia fascinante de la paradoja genial y, por momentos, también la "espléndida bilis". — (*Nuova Antología*", 16 de octubre, 1900)

Gustó y gusta. Pero ¿fué y es comprendido?

Fijamos, para responder, tres puntos de examen: *el superhombre, la guerra, el socialismo.*

* * *

¿Cuál es el secreto de la filosofía "heroica" de Nietzsche? Lo advirtió agudamente Giovanni Papini: la debilidad. Este maestro de energía vive a fuerza de medicinas. Mientras su filosofía estalla de salud, su vida huele a clínica y hace pensar con frecuencia en el manicomio. Mientras saetea a la humanidad y lanza al superhombre contra la vil grey de los débiles, implora los cuidados de la piadosa hermana como un niño enfermo los de la madre.

¿Cómo surgió la filosofía del superhombre?

Desde jovencito Nietzsche, apasionado cultor de estudios clásicos, juzga a la civilización griega como la más bella, la más amplia y humana. El inmoralismo se desarrolla en él al contacto con el espíritu dionisíaco griego. Pero otra pasión lo inspira: la pasión por los héroes. Emerson, con su culto para los grandes hombres y por su exaltación lírica de la energía y de la voluntad, es, con los clásicos griegos, su lectura preferida. Estudiante, en 1862 y en 1866, sostiene que el hombre de genio es superior a las leyes y a la moral ordinaria. Bajo el influjo de Schopenhauer concibe el mundo como voluntad, y acepta la ética de la simpatía, llegando a poner el santo medioeval a la par del filósofo y el artista y a hablar con respeto del cristianismo como uno de los factores de la civilización.

Después de 1866 se separa de su maestro, pero no completamente. En efecto, es el pesimismo de Schopenhauer que lo lleva, junto a su helenismo inmoralista, a la negación de la piedad. Llega a escribir: "El superhombre está en mi corazón, él es mi primero y único y no el hombre, no el prójimo, no el más pobre, no el sufriente". El superhombre es "la espléndida fiera rubia que gira en torno lascivamente en busca de víctima y de pillaje". En el prefacio a su *Genealogía de la moral*, desenvuelve su idea sobre el origen de la ética. He aquí el resumen que hace Nordau:

"En el principio de la civilización humana él ve una fiera, una bellísima bestia rubia deseosa de pillaje y de victoria. Estas fieras, desatadas, estallan, excitadas, de cualquier coacción social; en la inocencia de su conciencia de fieras, cometieron, como otras tantas monstruos plenamente contentos, una serie de asesinatos, de incendios, de actos execrables, de martirios, con un atrevimiento y una tranquilidad de ánimo tales, como si se tratase solamente de algunas bromas de estudiantes. Las bestias rubias constituían las razas superiores. Se lanzaron sobre

las razas inferiores, las subyugaron y las hicieron esclavas. Un tropel de fieras rubias, una raza de conquistadores y dominadores bélicamente organizada, fundó el Estado. Aquel entusiasmo con que se daba principio a un Estado mediante un tratado, tuvo término. El que está en condiciones de mandar, el que es dominador por naturaleza, el que ejecuta sus obras con la fuerza, debe acaso ocuparse de los tratados?". (*Degeneración*).

El hombre que concebía el superhombre como una fiera, era el mismo que admiraba y amaba a Mazzini. Narra Halevy que, en 1871, Nietzsche y Mazzini se encontraron juntos, en la diligencia, sobre el camino del San Gotardo. El viejo humanitario y el joven esclavista se entendieron. Mazzini citó una frase de Goethe: "Nada de transacciones: integridad, plenitud, belleza, vivir resueltamente".

Y Nietzsche recordaba con emoción al hombre que la había pronunciado, y le agradaba que le hablasen del apóstol. En 1877, en Sorrento, se hacía contar por un amigo los gestos de Mazzini y decía: "el hombre que más venero es Mazzini". ¡Pero exaltó a Bonaparte y a Borgia?

Para Nietzsche el superhombre no es solamente la fiera rubia. Es también el héroe que no busca la felicidad, sino el dolor que ennobiece. Zaratrustra llamaba a sus discípulos al combate, pero también al mejoramiento de sí mismos. El inmoralista escribe: "Al buen guerrero le suena mejor el "tú debes" que el "yo quiero". En la cima de la vida crece el frío. El hombre debe esforzarse en la lucha por el dominio pero no por las ventajas materiales del dominio, sino en cuanto esta lucha lo lleva a dominarse, a superarse.

Si Nietzsche exalta al delincuente, la "bestia rubia de la humanidad", es por que ve en él dotes de energía que faltan al hombre llamado normal.

Augusto Strindberg, el poeta y dramaturgo sueco, escribía a Nietzsche:

"Y sin embargo me parece que, con toda su franqueza, usted ha adulado un poco el tipo del delincuente. Observe los centenares de fotografías que ilustran el hombre criminal de Lombroso, y convendrá que el delincuente es un animal bajo, degenerado, un débil, que no posee la capacidad necesaria para eludir los parágrafos de la ley, que oponen fuertes obstáculos a su voluntad y a su fuerza".

Y Nietzsche respondía:

"El delincuente hereditario es decadente, hasta idiota, — no hay duda. Pero la historia de los delincuentes comunes, para la cual el inglés Galton (*Hereditary genius*) ha recogido el más copioso material, conduce siempre a un hombre demasiado fuerte para cierto nivel social. El último gran caso criminal en París, el Caso Prado, ha dado el tipo clásico. Cuanto a dominio de sí mismo, espíritu y seguridad, Prado era superior a sus jueces y también a sus abogados".

El superhombre, en su sobrehumanidad, casi siempre es inhumano. Y sin embargo el filósofo del "Uebermiesch" ha escrito:

"Quien siente la historia del hombre como su propia historia; quien siente toda la miseria del enfermo que ha perdido la salud; del viejo que añora su juventud, del amante a quien fué arrebatada la amada, del mártir que ve en tierra su ideal, del héroe en la noche de una batalla no decisiva pero que le ha costado una herida; y la pérdida del amigo, que sabe soportar todo este cúmulo de desventuras y ser, sin embargo, el héroe que en el segundo día de batalla saluda la aurora del nuevo tiempo y su felicidad: quien representa al hombre que tiene detrás de sí un horizonte de siglos, que es el heredero de todas las grandezas del espíritu pasado, y también el primero de una nueva nobleza cuyo igual ningún tiempo futuro vió o sentió; quien sabe acoger todo esto en su alma, lo más viejo y lo más nuevo, las pérdidas y las esperanzas, las conquistas, las victorias de la humanidad, y todo ello reunirlo en un acto sentimiento, experimentará, por cierto una felicidad que hasta ahora ningún hombre conoce, una divina felicidad plena de fuerza y de amor, de lágrimas y de sonrisas... Este divino sentimiento se llama humanidad".

Pero el pesimismo lo llevaba a renegar esta humanidad que estaba en él y que era la que le sugería el disuadir a una jovencita de la lectura de sus libros, como dañosa. Cuando sucedió la terrible catástrofe del terremoto de Krakatoa que hizo perecer en Java doscientas mil personas, el filósofo pesimista permanece entusiasta y exclama, leyendo los despachos: "¡Qué bello es, doscientos mil seres aniquilados de un golpe! ¡Es magnífico!" Y encontrándose en Niza, manifiesta a un amigo su vivo deseo de poder asistir a un maremoto "enérgico que suprima al menos Niza y su pueblo". Al amigo que observa que en ese caso serían suprimidos también ellos, le responde: "¡Qué importa! sería tan bello!" En toda la vida de Nietzsche el estetismo y el pesimismo dominan sobre el hombre, que en su vida íntima es noble y generoso.

Es inútil querer hacer la unidad en su producción, fragmentaria y contradictoria. Veámoslo también respecto de la guerra. La "guerra que "es para la civilización lo que es el sueño y el invierno" de los que el hombre sale "más fuerte al bien y al mal", la guerra que "es necesaria al Estado como la esclavitud a la sociedad", "hace estúpido al vencedor y maligno al vencido". Nietzsche exalta la guerra como desborde de energía; pero no es chauvinista. Para él la guerra no es necesaria a esta o a aquella nación, sino a todas. El no es un alemán. "El espíritu alemán sale de intestinos obstruídos". De estas salidas antialemanas se podrían citar a centenares. Imperialista y cosmopolita, nacionalista y antipatriota, Nietzsche también en este campo es singular.

También se diferencia en su concepción aristocrática. Desde la primera juventud el poeta griego "confidas de Megara lo había impresionado por el uso que hace de las palabras "bueno" en el sentido de aristocrático, y "malo" en el sentido de plebeyo. Aristocracia, para él, equivale a "élite".

"Los obreros deben vivir un día como los actuales burgueses, pero, por encima de ellos, exaltará una casta superior, que se distinguirá por su carencia de necesidades y será, por tanto, muy pobre, muy simple, pero estará en posesión de la potencia".

Si esta potencia es "pobre", ¿por qué "la esclavitud es necesaria a la cultura"?

En un escrito de la época de *Humano, demasiado humano*, Nietzsche ha intentado una crítica del socialismo. He aquí cómo la resume Orestano:

"1º Se erra al apreciar como espectador los sufrimientos y las privaciones de las clases más bajas. La verdad es que los sufrimientos y las privaciones crecen con la cultura, mientras los grados más bajos son los más obtusos: querer mejorar su posición significa querer hacerlos más susceptibles de sufrir.

2º Si se piensa, no en el bienestar de cada uno, sino en los fines de la humanidad, entonces es muy discutible que en los Estados socialísticamente organizados se "puedan" obtener resultados análogos a los que en los Estados desorganizados del pasado se "han" alcanzado. Tal vez el gran hombre y la gran obra crecen en la libertad salvaje. Y la humanidad no tiene otros fines fuera de los grandes hombres y de las grandes obras.

3º Puesto que muchos trabajos duros y groseros "deben" ser ejecutados, así debe también ser conservada clases de hombres que se sometan a ellos. Si se introducen en las clases obreras las necesidades y las finezas de las clases superiores, esos trabajos humildes no podrán ya ser ejecutados.

4º No es cierto que los socialistas tengan la justicia de su parte. En un Estado natural la fuerza es la primera ley. Y en cuanto los socialistas quieren la total destrucción de la sociedad presente, ellos apelan a la fuerza. Solo cuando dos potencias son igualmente fuertes son posibles los tratados a medida de los cuales surge luego la justicia. Los derechos del hombre no existen.

5º Cuando un obrero dice a un rico fabricante: usted no merece su fortuna, tiene razón, pero las consecuencias que saca son falsas; nadie merece su dicha, nadie su desgracia.

6º No es con el cambio de instituciones que se aumenta la felicidad sobre la tierra, sino haciendo desaparecer el temperamento crítico, débil, cavilloso, bilioso. La posición externa nada agrega, nada quita.

7º Solo en la esfera de la tradición, de la costumbre fija, de la limitación existe el bienestar: los socialistas, en cambio, están minados con todas las potencias que destruyen la tradición, la costumbre, la limitación; hasta ahora no han demostrado ninguna nueva capacidad constructiva". — (*Las ideas fundamentales de F. Nietzsche en su progresivo desarrollo*. Palermo, 1903).

Para que venga la civilización nueva, de la cual tendrá origen el superhombre, es necesario que Europa se resuelva *a unirse en una voluntad única* por medio de una nueva casta dominante, una voluntad durable, terrible, especial, que por milenios pueda prefijarse una meta; de modo que finalmente la comedia, que ha durado demasiado, de su división en estadillos, de la pluralidad de voluntades domésticas y democráticas, pueda de una buena vez cesar. El tiempo de la política pequeña ha pasado; desde ya el próximo siglo nos promete la lucha por el dominio del mundo, — la *necesidad* de hacer política grande".

El Superhombre, pues, tiene necesidad, para surgir, de una dada forma de civilización.

El Superhombre es, además, un tipo de civilización: es decir *la dominación sobre la humanidad con el objeto de superarla*.

El superhombre es una necesidad social. Y, el por qué está expresado en estos aforismos:

"Los espíritus más gallardos y malvados han hecho hasta ahora progresar máximamente a la humanidad; ellos han despertado las pasiones amodorradas, escitado el sentido de la comparación, del contraste, del gusto a lo nuevo, a lo atrevido, a lo nunca probado. Los hombres buenos, de todo tiempo son los que cultivan hasta el fondo las viejas ideas. Pero el terreno acaba por ser explotado y entonces se hace necesario el arado del mal. Los instintos malos sirven en tan alto grado y son tan indispensables al mantenimiento de la vida como los buenos; sólo su función es diversa".

"Haciendo bien y mal a los otros el hombre ejercita sobre ellos su propia *potencia*: nada más. Más eficaz es el hacer mal, porque el dolor induce siempre a preguntar cuál es la causa, mientras el placer suele detenerse a complacerse de sí mismo. Las naturalezas altivas aman los enemigos bravos. La compasión, en cambio, es el medio con el cual las naturalezas modestas hacen fáciles conquistas, como las de las almas doloridas".

El superhombre razona y obra, observa Fouillée, como "el Príncipe" de Maquiavelo. Pero hay que tener presente que el primero es a la humanidad como el segundo era a Italia.

Si el superhombre tiene como *El Unico* stirneriano, una misión social, no por eso se puede hacer entrar en el socialismo, como brillante pero muy superficialmente han sostenido Jaurès y Roberty.

La concepción ética y social de Nietzsche es antisocialista, y todavía está más en antítesis con el anarquismo.

C. B.

(*Concluirá*)

LA CIENCIA QUE SALVA

Se ha festejado en la Sorbona el vigésimo quinto aniversario del radium. El radium! El maravilloso descubrimiento. ¡Cuántas dificultades fué necesario vencer para sacar de lo desconocido la inestimable materia! Dinero, siempre dinero... El dinero que fácilmente se obtiene cuando la guerra amenaza en el horizonte, el dinero que jamás se encuentra cuando un trabajo precioso puede transformarlo en fuente de vida...

¿Qué cosa más misteriosa este radium!

Es primeramente Henri Becquerel evidenciando la naturaleza de la emisión espontánea del brillo en las sales del uranio, y desjugando las viejas creencias sobre la inercia de la materia.

La nueva ciencia se abre paso: todo vive, todo se transforma.

He aquí ahora a Madame Curie, cuya atención fué atraída por los trabajos de Becquerel y Pierre Curie, que se une a ella. Estudian, investigan, trabajan con pasión. Son pobres, pero la ciencia prodiga sus tesoros. ¿Su laboratorio? Mme. Curie nos lo describe: "No sabíamos dónde efectuar nuestros experimentos químicos. Fué menester organizarlos en un cobertizo abandonado, separado por un patio del taller donde estaba nuestra instalación electromagnética. Era una barraca de maderas, desprovista de todo arreglo: el suelo embetunado y el techo guarnecido de vidrios que la protegía incompletamente contra la lluvia; contenía por todo material mesas de madera y de abeto, usadas, una estufa de fundición cuya calefacción era insuficiente y el pizarrón del cual gustaba tanto servirse Pierre Curie. Para los experimentos que desprenden gases nocivos no poseíamos campana; era menester pues efectuar estas operaciones en el patio, cuando el tiempo lo permitía, de lo contrario veíamonos precisados a hacerlos en el interior, dejando las ventanas abiertas. En este cómodo laboratorio hemos trabajado casi sin ayuda durante dos años, ocupándonos en común, ora del trabajo químico, ora del estudio del brillo de los productos cada vez más activos que obteníamos".

En tales condiciones debieron trabajar los dos infatigables sabios. Y durante este tiempo, sin duda, debían gastar algunos millones para nuestra aviación militar, enviar nuevas ametralladoras sobre nuestros ligeros aparatos de caza. Miseria!

Mme. Curie, en un libro que dió a luz, diseña el retrato de Pierre Curie, el compañero de trabajo que una estúpida muerte debía arrebatarle muy pronto a sus investigaciones: "Su infancia ha transcurrido enteramente en su familia; no frecuentó jamás escuela alguna. Su primera instrucción le fué dada primero por su madre, luego por su padre y su hermano mayor. Las cualidades intelectuales de Pierre Curie no eran de las que permiten asimilar fácilmente los programas de estudios escolares; su espíritu soñador no se sometía a la reglamentación del esfuerzo intelectual impuesto por la escuela. La dificultad que experimentaba siguiendo este régimen era generalmente atribuída a cierta lentitud de espíritu. El mismo se creía de inteligencia lenta y decíalo frecuentemente. Creo sin embargo que esta expresión no está enteramente justificada.

"Parécome más bien que desde su infancia sus facultades mentales lo obligaban a concentrar el pensamiento sobre un objeto determinado con gran intensidad, hasta obtener un resultado preciso sin que le fuese posible interrumpir y modificar el curso de sus reflexiones a merced de las circunstancias exteriores".

Sobre este instrumento Mme. Curie añade esta justa advertencia: "Es claro que un espíritu de esta naturaleza posee grandes posibilidades de progresar, no es menos evidente que ningún sistema de educación ha sido previsto por la escuela pública para esta categoría intelectual que sin embargo cuenta más representantes de los que a primera vista se podría suponer".

En fin, Mme. Curie recuerda con emoción "la pobre empresa de dos seres enamorados de las investigaciones científicas y que parecía un desafío a las posibilidades materiales. Sin herramientas, sin recursos, hallándose perseguido, pues lo desalojaban sucesivamente".

Así, para que se realice una idea, esta se apodera de uno o varios espíritus ferventes y hace de ellos sus servidores, en lo sucesivo le perteneceran y sólo vencerán sólo si el fin que debían alcanzar, fin que se aleja a medida que se avanza".

¡Ah! ¡Cuán tristes son todas estas historias! Miserables historias en que los cerebros casi sucumben bajo la adversidad y deben al éxito de la obra a la extraordinaria tenacidad de su esperanza.

(*De "La Literaria"*)

Para la historia de la actividad parlamentaria en el moderno movimiento obrero

(Continuación)

La Internacional fué el primer gran ensayo de reunir los trabajadores organizados de todos los países en una gran Federación, siempre que reconociesen como objetivo de sus aspiraciones la emancipación económica de la clase obrera. Pero puesto que las concepciones y los métodos de las tendencias particulares eran muy distintas, se debió hacer resaltar los puntos de armonía como declaración de principios y además reconocer la autonomía y la actividad independiente de las secciones en particular. Mientras se observó esto, se desarrolló la Internacional con maravillosa fuerza en todos los países. Pero las cosas cambiaron inmediatamente cuando intentaron Marx y Engels llevar las Federaciones nacionales de la Internacional a la actividad parlamentaria. Esto aconteció en la desdichada conferencia de Londres en 1871, donde hicieron ambos adoptar una resolución que concluye con las siguientes palabras:

"En consideración a que el proletariado como clase sólo puede obrar contra el poder colectivo de las clases poseedoras cuando se constituye como partido político especial en oposición a todas las viejas organizaciones partidistas de las clases poseedoras; que esa constitución del proletariado como partido político es indispensable para asegurar el triunfo de la revolución social y su objetivo — abolición de las clases; que la unión de las fuerzas de los trabajadores, que ha sido lograda ya, por las luchas económicas, también debe servir como palanca para la masa de esa clase en su lucha contra el poder político de sus explotadores.

La conferencia recuerda a los miembros de la Internacional que en la situación de lucha de la clase obrera están indisolublemente ligadas su actuación económica y su actuación política".

Sin una resolución semejante la hubiese aprobado alguna sección o federación de la Internacional, habría estado en su derecho, puesto que no comprometería a nadie más; pero desde el momento que el Consejo General, sin someter el asunto a un congreso general siquiera, aceptó tal resolución obligatoria para todos los miembros de la Internacional, la arbitraria acción, en la contradicción más aguda con el espíritu de la Internacional, debió provocar la resistencia enérgica de todos los elementos revolucionarios y libertarios. Poco después de la conferencia de Londres, en 1871, publicó la Federación del Jura la famosa circular de Souvillier, que protestó con palabras claras y decisivas contra las pretensiones de Marx y de Engels.

"No desconocemos — se lee allí — los propósitos del Consejo General. Las personalidades de que se compone, para asegurar la victoria de sus doctrinas particulares, han querido introducir el principio de autoridad en la Internacional. Nos parece completamente comprensible que la escuela, cuyo ideal es la conquista del poder político por la clase obrera, exprese la opinión de que la Internacional, a consecuencia de los últimos acontecimientos, debe modificar su organización originaria y transformarse en una organización jerárquica dirigida por un comité. En nombre de la revolución social que deseamos y cuyo programa es la emancipación de los trabajadores por los trabajadores, exigimos en la Internacional el apoyo de aquel principio de la autonomía de las secciones que fué hasta aquí el fundamento de nuestra asociación".

El famoso congreso de La Haya en 1872, donde se fraguó una mayoría gracias a la aplicación de los medios más sucios y repulsivos, coronó el trabajo comenzado ya por Marx y Engels en la conferencia de Londres para transformar la Internacional en una máquina electoral. Esto se hizo mediante una resolución especial cuyo texto armoniza, por el contenido, en absoluto por el de la resolución de la conferencia de Londres, y que impuso directamente como un deber a cada sección de la Internacional la conquista del poder político. Para evitar desde el comienzo cualquier malentendido, declaró el blanquista Alfred Vaillant en su fundamentación de la resolución, que "desde el momento que es aprobada por el congreso y que es introducida en la Biblia de la Internacional, todo miembro de la Internacional tiene el deber de seguirla, bajo pena de exclusión".

Así fué provocada por Marx y Engels la escisión franca de la Internacional, con todas sus fatales consecuencias para el ulterior movimiento obrero, y fué inaugurado el período de la política parlamentario en el movimiento, que debía llevar por necesidad natural a aquel empantanamiento espiritual y a aquella degeneración moral del socialismo que se produjo más y más claramente en los últimos veinte años y cuyos resultados trata de combatir hoy Lenin (1) en nombre del marxismo.

Poco después del congreso de La Haya se reunieron las Federaciones más importantes y enérgicas de la Internacional en el congreso antiautoritario de Saint-Imier, que declaró nulas y no acontecidas todas las resoluciones adoptadas en La Haya y expresó la convicción de sus miembros en la siguiente resolución:

"Considerando:

que querer imponer al proletariado una línea de conducta o un programa político uniforme, como la vía única que puede conducirlo a la emancipación social, es una pretensión tan absurda como reaccionaria;

que nadie tiene el derecho a privar a las federaciones y secciones autónomas del derecho incontestable de determinar por sí mismas y seguir la línea de conducta política que crean más conveniente, y que toda tentativa semejante nos conduciría fatalmente al más repulsivo dogmatismo;

que las aspiraciones del proletariado no pueden tener otro objeto que el establecimiento de una organización y de una federación económicas absolutamente libres, fundadas sobre el trabajo y la igualdad de todos y absolutamente independientes de todo gobierno político, y que esa organización y esa federación no pueden espontánea del proletariado mismo, den ser más que el resultado de la ...de los cuerpos de oficio y de las comunas autónomas;

Considerando que toda organización política no puede ser nada más que la organización de la dominación en provecho de una clase y en detrimento de las masas, y que el proletariado, si quisiese posesionarse del poder, se convertiría él mismo en una clase dominadora y explotadora;

el congreso reunido en Saint-Imier declara:

RUDOLF ROCKER

(Concluirá)

(1) *Téngase en cuenta que el escribir esto, en 1919, Rocker señalaba el período de la gran difusión del folleto de Lenin* "El Estado y la revolución proletaria", *donde el dictador ruso trataba de combatir la democracia valiéndose de muchos argumentos del anarquismo.*

(N. de Redacción)

Propaganda revolucionaria

Una nación, repetirán los doctrinantes, que resurge sin un concepto político preciso, recae en la esclavitud. De acuerdo en esto. Pero este concepto político no se forma, no se hace popular con los libros sino con los hechos; las fallidas revoluciones del 48 son las que han inducido a los italianos a no tener fe en los principios de casta, la cual tiene intereses enteramente apartados del pueblo; y como los que demostraban esta verdad en el 48 no eran escuchados, pero sí maldecidos, así, en una nueva revolución quedarán burlados los que quisieran rehacer el 48. El pueblo progresa en sus ideas, pero sólo los hechos lo llevan de un concepto a otro.

Si de los libros dependiese el progreso de una nación, los escritores serían los árbitros de la suerte de la humanidad. En cambio son los hombres de acción los que imperan; y todos los usurpadores, desde César a Bonaparte, han encontrado siempre un grandísimo apoyo en la conciencia nacional, de la que casi podrían llamarse los representantes, según los medios más o menos violentos, más o menos injustos de que se han valido para lograr su fin. ¿Qué escritor de buena fe puede afirmar que la plebe, la que no sabe leer, se educa con los libros? No hablamos de los que bajo el despotismo pretenden que el pueblo se eduque con libertad para poder ser digno más tarde: es como si dijéramos a un hombre atado: antes de desatarte es menester que aprendas a correr; ni hablamos de los que viendo un pueblo corrompido pretenden moralizarlo, no arrancando todo germen de corrupción, sino proponiendo un gobierno fundado, precisamente, sobre un sistema corruptor; pero sí de los que creen posible que a fuerza de escritos se propaga la idea revolucionaria.

La plebe no está dotada de aquella heróica cualidad que algunos le atribuyen; a menudo la plebe, extraviada por los prejuicios y con la mente angustiada por la ignorancia, fluctúa entre la temeridad y la abyección. Aguijoneada por las necesidades materiales, su mente no puede elevarse a pensamientos sublimes. Pero si tras la multitud se logra apoyar el intelecto sobre las cuestiones políticas que agitan al país, casi por instinto razona con mayor exactitud que el mejor de los escritores. Pues todas las impresiones que el mundo oficial, o que el actual orden social produce, sobre las otras clases de la sociedad, no tienen fuerza, como no tienen predominio sobre el hombre del pueblo. Este está excitado por el mal; razonando reconoce sin fatiga dónde está el bien. Mas aquellos que no sienten la necesidad de mejorarse, y antes bien temen que una sacudida imprevista los arroje fuera del nido donde medran, al menos, por inercia, gustan razonar del porvenir, aunque quisieran alcanzarlo plácidamente, sin arriesgar por él el apacible presente: de aquí el innumerable conjunto de conservadores, de los *héroes de poltrona*, estigmatizados por Giusti.

Todos los esfuerzos para adelantar la renovación de un pueblo deben consistir en desarrollar y hacer popular la idea, adaptándola a su inteligencia, y llevándoles aquellas consecuencias que deben conducir a una utilidad material inmediata, donde hay siempre mayor incentivo a las pasiones, que deben, ciertamente, existir en el pueblo.

El revolucionario debe ser apóstol y conspirador.

"La gran pasión, escribe Beccaria, es una impresión constante de nuestra sensibilidad, enteramente dirigida a un mismo objeto; es un anhelo de obtener o de huir de alguna cosa que siempre se reproduce y en cada circunstancia se vuelve a manifestar en nuestra mente." Por este motivo, para que un deseo se transforme en pasión, es menester estar privado de la cosa deseada y tener percepción de ella al mismo tiempo, lo que veremos verificarse en la plebe si la hacemos reflexionar sobre su estado. La privación es la miseria en que gime; una vida más cómoda es la cosa percibida y deseada; y así como la privación de lo necesario es continua, continuo es el dolor y el anhelo del bienestar, reproduciéndose por consiguiente en cada instante de su vida; las pasiones existen, no resta nada más que aprovecharlas incitándolas y dirigiéndolas hacia un justo fin. La imposibilidad de conquistar el deseado bienestar lo anula, la falta de un objeto determinado le desvía del sendero recto; y por esto, el pueblo, adormeciéndose en los defectos, se resigna, o bien, con la fuerza y con el fraude, intenta arrebatar a los otros lo que él ansía, y buscando la comodidad es impulsado por ignorancia al patíbulo. Sacudamos, pues, a los adormecidos, y a los desviados mostrémosle el camino. Si el despotismo promete, como premio de sus resignaciones, los bienes celestes, el revolucionario, con la espada de la venganza y la balanza de la justicia deberá prometer bienes terrenos e inmediatos, indicando el modo de conquistarlos. Exploremos cada plaga social, llamemos sobre ella la atención pública y señalemos un solo medio como remedio: la conquista de la patria, no de un pomposo nombre, ni de vanos derechos, sino la conquista del suelo de la nación y de cuantos productos existen. En las reuniones, en las plazas, cada uno sea un Sócrates; en la banquilla del zapatero, en el banco del carpintero, asómese a interrogar a las mentes toscas y condúzcalas paso a paso hacia el descubrimiento de la verdad. Yo soy igual a mi madre, decía Sócrates, hijo de una partera; no creo nada pero ayudo a los demás a producir. Es este el único medio de esclarecer, en parte, la mente del pueblo, de educarlo, y no el de tenerlo por fuerza en las escuelas o publicar libros que no lee. Mas ni siquiera este mismo medio de propaganda vulgar, es conveniente a su inteligencia, y aunque sus argumentos son los de más urgente necesidad, no son suficientes para conseguir el fin deseado. La plebe no se deja convencer más que por los hechos, pero la propaganda de que hablamos elabora, entre un número considerable de jóvenes, el conocimiento de los derechos que a cada hombre acuerda la naturaleza; estos jóvenes, apenas el pueblo, bajo el látigo del dolor, se precipita en el motín y, dudoso, no sabe dónde dirigir los ataques, ni cómo iluminar sus anhelos, se hacen todos oradores de circunstancias y con muy poco trabajo le enseñan lo que en un siglo de calma y con muchos volúmenes no hubieran jamás aprendido de los doctrinantes. No se exije en estos oradores profunda doctrina, sino una fuerza de carácter capaz de impedirles retroceder ante las consecuencias ignotas de los principios por ellos defendidos ¡Guay de ellos si se uniesen con el despreciable hato de los llamados moderados; si hiciesen gestos de revolucionarios, de reformadores, de amigos del pueblo, es porque quisieran sostener algunas inmunidades que les harían llenar las arcas y satisfarían así su baja y servil vanidad. El revolucionario de buena fe adelanta su mirada sobre la multitud y no mira más que el triunfo de la verdadera democracia. Descender a la mínima transacción sería renegar de la revolución; así como el menudo polvo que el torbellino levanta se apoya sobre la corona del rey y sobre las excelsas torres o bien cae bajo los pies de los transeuntes, así la plebe conquista plenamente sus derechos o se vuelve muchedumbre de viles siervos, ridiculizada con nombres pomposos. Si no intentase el triunfo de una secta o de una clase de ciudadanos, el término medio, cualquiera que sea, truncaría el nervio de la revolución y la mataría.

Carlos PISACANE